

Tomás Ramos Orea

**MUJERES,
LUGARES, FECHAS...**

X

(Europa)

Madrid
2009

ESPAÑA
ESCOCIA (REINO UNIDO)

NOTA DE APERTURA

Entiendo el acto literario primordialmente como un acto de fe : fe en que todo lo que hacemos y nos ocurre, es decir, lo que constituye nuestra vida quede recogido así con más propiedad y enaltecimiento que mediante ninguna otra potencia o virtualidad mostrativa; fe en que la literatura sea la receptora de nuestros más íntimos desasosiegos, de nuestras más difíciles confesiones y justificaciones. La palabra con vocación de exclusividad, eso que entendemos, una vez más, por literatura oficia de albacea de nuestras más secretas voluntades, de nuestras más preteridas expiaciones : habla por nosotros, nos representa, nos redime.

Esta es la décima entrega de *Mujeres, lugares, fechas...* y "probablemente" la última. Irrelevante sería el empleo de un término más concluyente, ya que la ineluctabilidad oculta del porvenir se encarga caprichosamente de tumbar nuestras expectativas, por muy asentadas que nos parezcan en el momento que las configuramos. Si después de este volumen hubiese materia de la misma índole para más, mejor que mejor. Pero todo apunta a que los cabos se están encontrando; que los periplos que mi alma ha celebrado por los distintos piélagos de la aventura están terminando de coincidir, uno a uno, con sus correspondientes tratamientos literarios, y entrando así, galvanizados mutuamente y de consuno, en la república de las letras, aspirantes a perdurar más allá de los hechos que los motivaron.

Concluidas irrevocablemente todas mis etapas de viajes ambiciosos y penitenciales, este libro recoge desarrollos (encuentros y secuencias) celebrados todos — con tan sólo una única excepción — en España. Espero que la no existencia de parajes exóticos — en el sentido de transoceánicamente lejanos — no merme la peripecia vivencial de altísimos quilates que

protagonizan las *mujeres*; que acompañan los *lugares*; y que recuerdan las *fechas* de este volumen. Por si fuera poco, he recogido en él a modo de repesca, junto con los episodios más cercanos en el tiempo, otros antiguos que dentro del desarrollo en perspectiva de toda Memoria creo que despliegan ahora su oportunidad indudable.

Pili Layna : Guadalajara (España), verano 1968

En las épocas de carencia de recursos el espíritu vivo suele inventar sucedáneos, alternativas. El lustro 1955-1960, correspondiente al lapso de mis 18 a mis 23 años, nos podría servir de ejemplo. La juventud en plena ebullición se acompañaba de un panorama poco atrayente para el desarrollo de las capacidades que uno creía portar consigo. El mundo y sus manifestaciones lo inundaban todo, pero nuestras posibilidades — hablo por mí — de participar en la fiesta eran ciertamente escasas. Cada cual parecía estar ocupado en el particular menester que le hubiera tocado desempeñar, sin medios para intervenir en cualquier otra parcela de la vida. Yo era estudiante y como tal tenía que estudiar, únicamente eso; lo cual no era trabajo baladí, ya que a la edad de los 17 años acabados de cumplir me embarqué — me embarcaron — simultáneamente en las carreras de Filosofía y letras y de Derecho. Y después de todo no podría decir que mi suerte no fuera la de un privilegiado, ya que mi familia estaba en condiciones de proporcionarme todos los medios para que yo estudiara, para que mi personalidad desempeñase el programa de estudiar en las mejores condiciones, sí; pero sólo estudiar. La vida del estudiante que lo fuera plenamente — y yo lo era — se comenzaba, y se terminaba, en ello mismo y las probabilidades de tomar parte en cualquier actividad ajena al propósito que se le había marcado eran muy escasas, prácticamente inexistentes. España no daba para más; no nos podíamos permitir el lujo de ser estudiantes y ocuparnos al mismo tiempo con alguna tarea remunerada con la que sufragarnos los gastos originados por las cualesquiera cosas que no fuesen el estudio. Ahí es donde radicaba una de las diferencias más decisivas entre España y los países desarrollados punteramente, bien los europeos o los omnipotentes Estados

Unidos de América del Norte. Nuestras primeras salidas al extranjero nos dejaban el regusto amargo de comprobar que la andadura económica de los sitios que visitábamos permitía a sus jóvenes cumplir con las obligaciones principales propias de su edad y además contar con algún pequeño trabajo u ocupación con los que procurarse el dinero suficiente para darle a su vida un toque de independencia. En el caso de los españoles teníamos que pedirle el dinero a nuestro padre si queríamos invitar a una chica; o como dije al principio: suplir con sucedáneos la simple carencia de recursos.

Yo recuerdo el entonces naciente deporte del "auto-stop" como una de las fórmulas más operativas de arañar para el propio bolsillo parte de la cantidad que nuestras familias nos otorgaran en concepto de transporte. Los chicos de Alcalá de Henares teníamos a Madrid casi en régimen de exclusividad para lo concerniente a desplazamientos en razón de los estudios. Mediante el "auto-stop" lo que no nos gastábamos pasaba a concepto de libre disposición. ¿Qué era el "auto-stop"? Como tantas otras cosas ya la propia denominación declara el contenido. Los chicos nos poníamos a la salida de Madrid, donde la Avenida de América se transforma en carretera nacional II, y esperábamos a que pasara alguien conocido, fuese coche, camión, y en casos extremos motocicleta. Los supuestos exóticos y de lujo lo constituían los norteamericanos recién llegados a España con motivo de la construcción de la gran base aérea de Torrejón de Ardoz. En aquellos tiempos en que el español acababa de cambiar la alpargata por un calzado pasable, los "haigas" yanquis eran toda una revelación; eran la materialización más completa de lo que algunos tenían y de lo que otros, proporcional y/o equiparablemente, tardaríamos muchos años en tener. El tema de aquellos americanos, militares o no, empleados en la base aérea de Torrejón es una de las

realidades que más caracterizó a Alcalá de Henares en aquella década. Creo que la película "Bienvenido, Mr. Marshall" ilustra bastante bien la singularidad sociológica que su presencia entre nosotros significó, sólo que yo ahora no estoy hablando de películas sino de mi propia experiencia; de algo consustancial con nuestro modo de vida y con los cambios que su venida y estancia originaron. La construcción de la base, técnica y facticiamente a partir de 1954, después de los pactos que alcanzaron el entonces presidente general Eisenhower, con el Estado español en 1953, fue la razón de todo. El nombre oficial de Base de Torrejón se debió inevitablemente a que su materialidad se asentaba en terrenos pertenecientes catastral y topográficamente al término de dicho municipio. Por aquellas fechas Torrejón tendría una cuarta parte de la población de Alcalá de Henares [hoy, ahora, cuando esto escribo en 2009 la proporción es tan sólo de la mitad: unos cien mil en Torrejón y más de doscientos mil en Alcalá], de manera que el mayor conjunto de prestaciones (inquilinos, operaciones bancarias y de cualquier tipo, etc.) de que se servían los americanos radicaban en Alcalá. La construcción de la base supuso un remolino de incumbencia para todos los que pudieran aportar su trabajo, mayormente de transporte de piedra necesaria para el asentamiento y compactabilidad del suelo propiamente dicho de las pistas. Pocos camioneros dejaron de emplearse en lo que entonces de manera antonomástica se denominó "la piedra" de las cualesquiera canteras que a la sazón estuviesen a distancia asequible. Aquello fue la locura. Pasada la etapa del acarreo necesario del material de edificación, el resto de los servicios tuvieron ya más que ver con otros aspectos. Los habitantes de Alcalá pudimos paulatinamente cerciorarnos de que los americanos preferían todo lo suyo a lo ajeno; las viviendas que aquí arrendaban en el mejor de los casos carecían de algunos de

los requisitos básicos de las existentes en los USA. El aire acondicionado era poco menos que desconocido entre nosotros, y lo mismo las medidas de insonorización contra toda clase de ruidos por los que España sigue y seguirá siendo siniestramente notoria. Cuando la base comenzó a funcionar a pleno rendimiento los americanos dejaron de utilizar nuestras cosas: era raro el que ya vivía en la ciudad de Alcalá de Henares; la mayoría se habían trasladado a los bloques instrumentados y facilitados por el gobierno USA para tal fin. El alcaláino — yo, por todos — siempre recordará la actitud bonachona, despreocupada, en general, del ciudadano yanqui que siendo con la graduación de cabo militar, por ejemplo, una persona de poca o nula preeminencia en su país, aquí en España parecía un jefe de Estado, sobre todo si se trataba de alguien de raza negra. Sus coches protagonizaban todos los motivos de nuestra admiración. Ya digo que yo sobre 1955 estaba en mis 18 años y comenzaba a chapurrear el inglés en una muy, muy menor cuantía; pero siendo, como creo que he sido, un chico temeroso de agraviar, respetuoso hasta cotas tal vez demasiado inasibles, con lo que yo veía como orden asentado en los demás, debo reconocer que mi determinación en la práctica del así llamado *auto-stop* fue sobresaliente: solía salir a la carretera y alargar el brazo, y creo que me daba maña en transmitir un gesto, una pose distante tanto de la orden — ¡y que orden iba a dar yo! — como de algo que pudiera entenderse como un mero saludo, porque en este segundo supuesto no hubiera existido fundamento para que ningún vehículo se detuviese y se enterase de mis pretensiones. Una vez que el coche se había detenido era sólo cuestión de preguntarle a su conductor que si me podía y quería llevar. La mayoría accedían: a ver, ¿qué de malo había en que un joven estudiante explorase el mundo de la solidaridad? En muchos casos lo que se conseguía era dejar algo perplejo al conductor ya

que yo, siempre como ejemplo, no ejecutaba el signo universalmente aceptado de mover la mano con el pulgar extendido señalando la dirección pretendida; ya digo que la innovación que yo introduje fue la del ademán de invitar a que se detuviera el vehículo; una vez conseguido esto, todo lo demás tenía lugar en cuestión de segundos: un chico joven de porte normal; un coche con todo el espacio posible... ¿Por qué no? Para regresar de Madrid el sitio neurálgico, como ya apunté, era el semáforo de la intersección de Avda. de América con la calle Cartagena, ya apuntando a la N-II. Había que sortear los vehículos en cuestión y de acertar con el prójimo desprendido. No se podía uno extender en razones, sobre todo cuando el coche que se nos presentaba como abordable había sido el último en llegar al semáforo, y las luces estaban a punto de ponerse en verde. Recuerdo una vez una chica o señora joven americana que conducía un descapotable: no me quiso coger, pero estuvo a punto; retengo sus palabras: "I'm on my own" ("estoy sola"). Seguramente habría tenido alguna mala experiencia, o si no mala, no del todo edificante como hubiera sido de desear, y la mujer no se atrevió; pero estuvo a punto, lo vi en sus ojos, en su expresión: ya digo que llevaba un descapotable, de una cualquier marca que entonces para los españoles todas formaban parte del mito de la tecnología, daba igual: Ford, Chevrolet, Dodge, etc.

Sí, los americanos de la base de Torrejón eran bonachones: lo más que hacían por el lado negativo de las cosas era pasar de todo lo que no entendían de nuestra (in) cultura y de nuestro atraso convivencial. Conforme su país les iba pertrechando de las comodidades y de los productos a que estaban ellos acostumbrados, dejaron de servirse de nuestras cosas y su presencia en Alcalá de Henares se hizo poco menos que inexistente: en la base disfrutaban de unos EE.UU en pequeño: allí mantenían sus pasatiempos, sus restaurantes, sus ambientes

trasplantados de los USA. Por lo que a mí concernía, lo más significativo de mi relación con ellos seguiría siendo la posibilidad de abordarles en la carretera e invitarles a... que me invitaran a subir en sus coches. Yo me consideraba el iniciador y el mejor práctico de un estilo de *auto-stop* — el que ya dije líneas más arriba — y por lo tanto también me interesaba que la conducta del usuario de tal medio de transporte, tan sucedáneo, estuviera adornado de todos los componentes de corrección, medida y buenos modales. El mal proceder de cualquier desaprensivo podía echar a perder el negocio, igual que una pieza de fruta estropeada puede fácilmente pudrir el resto de la canasta. Definitivamente los americanos eran buena gente. Por otra parte, la relación que acabó estableciéndose entre la base aérea y la ciudadanía española en general puede calificarse de fluida y hasta de despreocupada. Y es lógico. Lo de menos era que, por designio y fórmula fundacional, la utilización de las prestaciones que la base pudiera rendir en el periodo de "guerra fría" entre la URSS y Occidente, fuese teóricamente "conjunta" entre las autoridades USA y las españolas. Conforme transcurría el tiempo la normalidad en los acontecimientos fue plasmando un marchamo de rutina en la organización y funcionamiento de... prácticamente todas las instalaciones. Por supuesto que eran numerosas las ocasiones de celebración de actos compartidos por los residentes de la base y la ciudadanía española, que era tanto como decir alcalaína y torrejonera. Yo recuerdo haber asistido a competiciones de natación en la magnífica piscina que los yanquis se habían montado en su predio. Pero descontando este segmento tan tipificado de actos de "hermanamiento" y similares entre dos colectividades extranjeras y vecinas, lo que me interesa señalar aquí es el grado de laxitud que en ciertos momentos yo, como ciudadano particular y civil, pude experimentar tocante a ciertos aspectos de

la base. Desde el año 1967 yo era propietario de un coche Mercedes que por exigencias de la normativa entonces imperante estuvo circulando varios veranos — periodos que yo, venido de Canadá, pasaba mayormente en España — con matrículas expedidas por el estado norteamericano de Virginia. Era pintoresco pero escrupulosamente legal. La base aérea, como es natural, disponía de una barrera de control de acceso y otra de salida que se correspondían respectivamente con los dos ramales de carretera diseñados al efecto. Pues bien, fueron varias veces las que traspasé la barrera de entrada [la de salida solía estar levantada de oficio] sin que los militares encargados de su custodia se tomaran otra molestia que la de mirar mis placas de matrícula y señalarme cansinamente que procediera. Lo mejor era hacerlo cuando otros vehículos yanquis lo estaban haciendo. Se podrá preguntar el lector que para qué quería yo entrar a la base aérea de los EE.UU. de América en Torrejón de Ardoz. Muy sencillo. En alguna de mis visitas previas, probablemente de las "guiadas" oficialmente con motivo de algún evento relativo al deporte, yo había constatado la existencia de una sucursal del Banco Hispano-Americano que se encargaba de todas las gestiones monetarias en la base. Había visto a varios de sus residentes hacer cola, y en alguna ocasión supongo que me acercaría a cualquiera de ellos y les preguntaría que... qué comisión les cobraba el banco por cambiar sus dólares en pesetas. La cosa era muy simple. Yo por aquel entonces necesitaba dólares para mis viajes y llegué a la conclusión de que el beneficio crecido que se llevaba limpiamente el banco lo podíamos repartir entre quien me vendiera a mí los dólares y yo. Y lo hice. Alguien me aconsejó que contactara con la sección de sub-oficiales; y hechas las averiguaciones pertinentes convencí a varios de ellos para que me cambiaran a mí su dinero y no se lo dieran al banco. Y la cosa funcionó perfectamente. Lo hice sólo

un par de veces porque todo lo bueno tiene fin. En una última ocasión en que me dejé caer por allí — siempre, quede claro, entrando como Pedro por su casa con mi coche matriculado en Virginia — parece que alguien había dado el soplo, y al acercarme a la cola de los que se disponían a cambiar sus dólares — probablemente era primeros de mes — y empezar a hablar con ellos salió un gilipollas empleado de dicha sucursal vociferando que me iba a denunciar, que iba a llamar a la policía y toda esa serie de sandeces castradas producto del pataleo de quien no tiene más horizonte que chupar tinta el resto de su vida laboral. ¿Le perjudicaba yo a él porque algunos cientos de dólares no se los negociara "su" banco sino yo? Claro que no. Pero para evitar posibles disgustos — y considerando que en verdad en mis anteriores redadas ya había conseguido con largueza lo que me proponía — cesé en dicha práctica.

He llegado a un punto de mi narración en que el lector ha advertido que soy dueño y usuario de un Mercedes nuevo, sacado de la fábrica en Alemania; pero antes lo había sido de un voluntarioso Seat 600-D; y todavía antes, de un Biscúter, aquella tartanita de cuatro ruedas y techo que recibió el nombre-motepapado de vehículo "sin-sin" : *sin* dinero para comprarse un coche como es debido y *sin* cojones para conducir una moto. Válido y acertado en su expresividad lúdica, era desgraciadamente falso en la primera parte de su formulación; e inaplicable en la segunda. Veamos por qué. Respecto de lo de "comprarse un coche", nada que objetar. Lo malo es que uno podría o no podría comprarse un coche, pero en cualquier caso tenía que pagar *tres*: servidumbres del estraperlo y de la carencia. Mi primer coche Mercedes, comprado y pagado en el extranjero, me costó eso..., un coche, mientras que en España me habría costado tres o cuatro veces más. El dinero no sale de las piedras, y si reunir lo suficiente para el capricho de un vehículo de este tenor es ya de

por sí heroico, la capacidad de multiplicar por tres dicho desembolso sólo concurría en quienes casi con toda seguridad no hubieran obtenido el dinero con su trabajo. Lo de los cojones para conducir una moto, digo que no es aplicable, ya que la validez de dicho aserto quiebra por el hecho de que uno solo de los posibles implicados, yo mismo, desestime de todo punto el transporte sobre dos ruedas. Yo siempre he preferido la forma más modesta del "si llueve no te mojas" — i.e. Biscúter, patín con techo, cajita de madera con palanca interior para ponerlo en marcha — a la más tronitona de las motocicletas.

Mi vida de verdadera carencia, con la que he querido adobar el ambiente previo al pasaje objeto de este capítulo, se desarrollaba un poco antes y un poco después de esa fecha de 1955 que he apuntado como comienzo del lustro en que nuestra juventud más necesitada estaba de asideros, de ayudas que sólo las podría haber proporcionado otro país que no hubiera sido la España que empezaba a echar a andar después de nuestro estropicio de 1936-1939. Aquella era la época en que los chicos normales no podíamos tener "novia", porque no teníamos dinero; y ya hemos visto una de las maneras paupérrimas de ahorrar que al menos yo instrumentaba. Los chicos anhelábamos campo de acción, medios operativos... y ni lo uno ni lo otro. Teníamos a Madrid, de una parte, fabulosa meca de todo lo deseable...con dinero! Y teníamos el otro destino mucho más modesto de Guadalajara que, mal que bien, nos prestaba un levísimo conato de... extraterritorialidad. Los chicos de Alcalá íbamos a Guadalajara, y los chicos de Guadalajara... la verdad es que no lo sé.

¿Cuándo conocí yo por primera vez a Pili Layna? Mis papeles no registran detalle alguno sobre ello. Pero por deducciones lógicas colijo que tuvo que tratarse de alguna feria de San Bartolomé que Alcalá de Henares celebra en la última

decena del mes de agosto cada año. Seguro que a raíz de ese impreciso encuentro fortuito en Alcalá yo tendría que haberme dejado caer por Guadalajara, y así hacerme a la idea de que mi radio de acción emocional traspasaba las lindes de la pura localidad. Porque lo cierto es que Alcalá, sin ser por supuesto capital de provincia como lo era Guadalajara, adelantaba a ésta resueltamente en población y en entidad de todo tipo. El alcaláino que por necesidad se desplazaba a Guadalajara, lo hacía por motivos puramente administrativos en razón de algún asunto cuya resolución dependiera de las competencias inherentes a una capitalidad de provincia, con la salvedad añadida de que dicho asunto en cuestión no pudiera, o quisiera, resolverse en Madrid.

Es muy probable que el argumento se ajustara al guión que he sugerido: que yo me encontrara con Pili en alguna feria alcaláina, y que yo la visitara en Guadalajara para de esa forma justificar mi incumbencia supralocal. En tales circunstancias recuerdo lo mermado del panorama de comunicaciones entre las dos ciudades. El último tren "normal" salía de Guadalajara hartamente pronto para nuestras expectativas de cortejo a horas más civilizadas, más tardías, más "de hombre" en una palabra. Existía un "rápido" fantasma que antes de alcanzar Madrid hacía una parada en Alcalá y que pasaba por Guadalajara, no sé con qué frecuencia de días, una hora o así más tarde que cualquiera de los trenes convencionales. Recuerdo haber tomado aquel transporte alguna vez y haberme sentido más "importante" por servirme de un medio extraordinario de locomoción [También recuerdo que la incipiente relación con Pili la simultanéé durante un corto tiempo con otra chica llamada Marichu Foret, y que resultó ser del clan de los pasteleros de toda la vida, productores de los celebrados "bizcochos borrachos" y demás exquisiteces. Marichu era otra cosa y en un par de encuentros que tuve con ella se me

evidenció la diferencia de sintonía que gobernaba nuestros temperamentos, de manera que puedo decir que mi único concernimiento con Guadalajara estaba encarnado en Pili Layna]. Probablemente uno de los puentes que yo le tendiera de entrada para granjearme su curiosidad por mi persona estuviera relacionado con su apellido. En la materia de Historia de España de nuestro segundo año de carrera de Filosofía y letras en la Universidad Central de Madrid el grande y muy pintoresco erudito don Miguel Lasso de la Vega, marqués de Saltillo, nos citaba a don Francisco Layna Serrano como un historiador sobresaliente en las cuestiones de su provincia, con bastantes obras entre las que quiero recordar *Castillos de Guadalajara* como una de sus más representativas. Ahora se me van abriendo pequeños ventanucos de la memoria, y hasta podría asegurar que mi primer abordaje a Pili fue con la excusa de preguntarle si, como yo creía, tenía ella relación con tan ilustre investigador: "Mi tío-abuelo", me dijo.

Pili era... a ver cómo lo diría yo,... era ni grande ni pequeña; si acaso, un tanto menuda, quiero mejor decir que no era voluminosa; bien proporcionada, pelo castaño tirando a moreno, ya casi ni puedo distinguir con absoluta seguridad este detalle de cromatismo. Recuerdo que tenía la cara recatada y discretamente elocuente a la vez, si es que semejante condimento puede dar idea fiel de los rasgos reales; que disponía de gestos suaves; que todo en ella era proporción, agrado. Yo, claro que la encontraba bonita, pero ahora quiero creer que la materia que más me imantaba de ella era el hecho de que no era de Alcalá y que por lo tanto encarnaba enaltecidamente los requisitos de extraterritorialidad y de, siquiera, leve exotismo que tan caros los entendía mi alma, para otorgar al tema de que se tratase categoría de anuente, literariamente hablando. Yo no sé si alguna vez me comentó si había estudiado algo, así, medianamente serio; o se

había dedicado a las labores caseras. Su padre era dueño de uno o de varios viveros de acrisolada reputación en toda la provincia, y su residencia la tenían toda la familia en una casa sólida, probablemente antigua pero señorial, en la mano izquierda de la Plaza de los Caídos, abriendo enteramente al Palacio del Infantado según subíamos desde la estación de ferrocarril a lo largo de la calle Francisco Arítio y luego de salvar el río Henares y seguir siempre hacia arriba por la Travesía de Madrid.

Desde este momento téngase en cuenta que la substancia narrativa que justifica este pasaje tuvo lugar en 1968, hace casi cuarenta y un años, y que yo soy el primero en preguntarme vanamente qué tramos intermedios tuvimos que recorrer en el sendero de la amistad y de la participación de estados de ánimo para que yo la buscara en su propia casa. El día de referencia, de uno de los meses de verano de 1968, yo tuve necesariamente que ir a Guadalajara pertrechado de certeza moral de encontrarme con Pili. Lo más seguro es que me hubiese comunicado con ella por teléfono esa misma fecha o la anterior. Entonces estaba yo cercano ya a los 32 años. Había sucedido mucha vida desde nuestro primer contacto. Nunca supe la edad de Pili : acaso más o menos la mía; algún año más joven, sí, algún año, pero no muchos, porque en esas edades los márgenes se desdibujan; quiero decir que el hombre sigue atraído indistintamente por mujeres cuya edad se encierre entre las cotas de los diez años por debajo y por encima de la de aquél. Pero claro que ese no era el caso de Pili. Según todos los indicios de deducción razonable nos conoceríamos seis o siete años antes, en fecha previa a mi traslado a Norteamérica en septiembre de 1961, cuando Pili estuviera entre sus 19 y sus 20 años; así que ahora en 1968... que eche cuentas el lector. Yo...bien lo recuerda mi alma... había dejado el coche allí enfrente de su casa, en plena Plaza de los Caídos, y había subido a llamarla. Fue ella misma quien abrió la

puerta y sin más interrupción y sobre la marcha salimos del edificio. Decidimos irnos al campo, junto al río y tal vez tirásemos por las calles Coronel Villa y Alvarfáñez, para coger el Camino del Cementerio y llegar a cualquier lugar del soto suficientemente viable donde dejar el coche. Lo curioso del tiempo es que, al ser nosotros mismos tiempo, desconocemos el efecto homeopático que nos puede infligir. Porque yo no podría asegurar si respecto de este pasaje para cuyo relato me apresto, el transcurso de casi 41 años haya enervado o haya galvanizado sus contenidos. Si en un instante dado me acomete la certeza de que algo o mucho de la urdimbre vivencial de la aventura ha podido quedarse desflecada en este largo fluir cósmico, un segundo después me sorprende inundado de introspecciones grávidas, recrecidas, inéditas sobre la misma peripecia, como si cada uno de los años escabullidos actuara de lente de aumento, de empuje de profundidad. Con Pili Layna me ocurre eso y más cosas cuya identificación se resiste a acomodarse en nomenclatura alguna. Por eso hay instancias que cuanto más tiempo han acumulado en el arcano de su realidad, con más rotundidad y viveza las incorporamos cuandoquiera puedan asaltarnos. Y así con el hecho...— ¡oh, sí, cómo me acuerdo! — de que yo, fogoso, confiado en la plenitud de mis capacidades, cogiera a Pili en brazos — no pesaría más de cuarenta y cinco kilos, máximo cincuenta — con el fin de brincar sobre una suerte de acequia o pequeña zanja con barro. Pili se sintió más halagada que sorprendida cuando la sostuve con un brazo primero, luego con el otro, hasta dejarla en bandeja. ¡Oh, sí! mis 31 años eran poderosos, incansables; yo disponía de notable fuerza física, y lo que es más ilustrativo, me gustaba ejercitarla. Así que la levanté a Pili en mis brazos con toda la solvencia del mundo y con todo el sobrante de energía aún en reserva. Pero por ser probablemente la primera vez que lo hacía, lo que nunca se me

ocurrió calcular es el efecto que un aumento del peso repercute en las corvas: de ahí el prodigioso entrenamiento que deben acometer los atletas de triple salto para ese terrorífico segundo segmento de su ejecución cuando todo el peso del cuerpo lanzado recae sobre una pierna que a su vez tiene que impulsarse hacia adelante y hacia arriba para dejar el turno a que la otra pierna se haga cargo del fardo humano completo y se proyecte sobre la parábola final. Confiado ciegamente en la competencia de mis capacidades, salté con Pili en mis brazos y... Si todavía hubiese intentado aterrizar con las plantas juntas, al unísono, emparejadas simultáneamente, tal vez habría tenido alguna posibilidad de mantenerme de pie. Pero de la manera que lo hice, nada más tocar el suelo mi pierna, se doblo como un compás que se afloja, como una cerilla que se agacha, como una paja que se quiebra..., y al suelo fuimos a dar Pili y yo sin miramiento alguno, sin posible apelación. Yo temía lo peor. Temía que la rechifla que mi propia conciencia me había dedicado, es decir, se había dedicado a sí misma, se trasladara a Pili y desde ahí reduplicara la intensidad de su irrisión hacia mí. Sin embargo, Pili no se burló de mi negligencia; o peor, de mi fantasmagoría maltrecha, de mi presunción tan ejemplarmente castigada. Nos limpiamos como pudimos los pequeños chafarrinones de barro y nos volvimos al coche. Estaba empezando a ceder la rotunda claridad de la tarde hacia los primeros estadios de un crepúsculo en ciernes. Pili llevaba puesto un jersey fino, color hueso tirando a blanco, de cuello alto sin llegar propiamente al "estilo cisne". En un momento dado ella me dijo: "Ni siquiera sé por qué estoy aquí". Éramos todos víctimas de un sistema absurdo y destructor de vivencias naturales y espontáneas. Con nuestra mejor intención sembrábamos el desencanto y el recelo, aun a costa de nuestra propia paz espiritual. Nunca sabré si con Pili Layna estuve a la altura del listón de sus expectativas legítimas.

Probablemente no; quiero decir que no creo que lo estuviera. Por eso vuelvo a apelar a la literatura para que venga en mi auxilio, para que en los cuencos de sus disponibilidades pueda depositarse esta llamada mía de ahora, sin tiempo, pero con una clara destinataria. En ella confío arrepentidamente; a ella me encomiendo en busca de redención.

**Teresa Geissmann : Alcalá de Henares-Madrid-Cuenca,
1971-1972**

Hay mujeres y mujeres. Mujeres que le meten a uno el puño en las entrañas, de golpe, y que muy en consonancia con la extrema virulencia de su irrupción en nosotros suelen asimismo levantar súbitamente el sitio de nuestro corazón y dejarlo como lo encontraron, como si nunca hubiera sido objeto de arrebatos alguno. Otras mujeres, sin embargo, no entran sino que colocan su vibración en vecindad con la nuestra; no irrumpen, mucho menos asaltan, sino que se presentan, se muestran ante nosotros no en traje de guerra sino de calle; no para librar una batalla cruenta sino para propiciarnos la escaramuza continuada de su añorada compañía. Creo que Teresa Geissmann pertenecía con toda propiedad a este segundo apartado. Tengo que remontarme a 1971. Yo había regresado definitivamente de mi experiencia de diez cursos académicos en América del Norte, en concreto de mi último en Canadá. Mi llegada cada verano a Alcalá de Henares, a mi casa, tenía algo de rito y de revuelo. A mí se me veía como a un indiano de la cultura, de la intelectualidad, sin contar, claro, con las cada vez menos acusadas — si bien todavía interesantes — prerrogativas económicas. Pero no podía quitarme nadie "lo bailao": había adquirido mi propia vivienda; desde 1967 me paseaba en mi primer flamantísimo coche Mercedes; y para entonces, aun con creciente moderación, con lo que detraía de mi salario anual podía cubrir con creces mis gastos de la vacación. España estaba experimentando la época dorada del superdesarrollismo. Una de las amistades de mi familia, el próspero hombre de empresa Cesáreo Méndez Manglano, encarnaba con su trabajo concienzudo y con su ejecutoria esto que estoy diciendo. Por esas cosas que pasan, su única hija, la bella y recatada Resu, se había enamorado de un muchacho suizo que

trabajaba en la Embajada de su país en Madrid. La finca de los Méndez en Alcalá de Henares se constituía en *treff-punkt* envidiable: el chalet propiamente dicho disponía de aire acondicionado, y la piscina y los parterres que rodeaban la vivienda garantizaban un ambiente ideal aun para las noches estivales más tórridas.

Un día Rudolf (Rudy), el novio formal de Resu, y muy poco después marido, vino a casa de sus suegros con parte del personal de la Embajada suiza, concretamente un chico y una chica. Teresa, pues tal era el nombre de esta última, vestía de uniforme azul oscuro, con algún botón que otro de esos que destacan y que subrayan el atuendo profesional. Según parece habían decidido llegarse los tres en plan espontáneo a visitar a los padres de Resu, y con dicho motivo me habían invitado a mí a que me uniese a la reunión. Por aquel entonces me encontraba yo mecanografiando la versión definitiva de mi traducción de *Under Milk Wood*, de Dylan Thomas. En mis registros aparece el detalle escueto, así sin más, de que "fuimos a torear vaquillas", extremo que no puedo ilustrar porque no logra mi conciencia el rescate de ningún desarrollo por pequeño que sea perteneciente a dicho pasatiempo que, por otra parte, tuvo necesariamente que celebrarse en la placita o tentadero de El Gurugú, único en existencia entonces en Alcalá de Henares según mi entender.

Teresa tenía ángel, esa sutil ecuación de feminidad discreta y de educación a prueba de excesos. ¿Cómo era? La tengo bastante diluida aunque perenne en sus trazos irrenunciables: color clarito, media altura, tirando hacia arriba, pelo corto en mechones pequeños, ojos azul dulcificado, lo típico en una mujer que no te abruma a primera vista pero que puede dar pábulo indefinidamente al interés de un hombre en razón de las cualidades y atributos tan bellamente administrados. Lo de cortejarla fue en mí una... ¿cómo decir?... responsabilidad tácita,

sobreentendida y al mismo tiempo subyacente en todos los motivos que compartimos desde el primer momento, desde nuestro saludo en la finca de Cesáreo Méndez. Teresa dispensaba un trato para con los demás que yo no rebajaría de la valoración de exquisitez suma. Mi padre hacía ya cuatro años que había muerto, y mi madre seguía ocupando el caserón familiar de la calle de Santiago: a una visita de Teresa quedó prendada del operativo de acrisolada bondad y primorosa diplomacia que ésta desplegaba hacia todos con la más natural de las liberalidades. Probablemente se tratara de dos o tres veces las que Teresa y yo nos encontrásemos en el terreno neutral de la casa de Resu y de sus padres antes de acceder a la dimensión ya más específica de las citas pensadas por y para nosotros. Después del primer contacto, el de la tarde de las vaquillas, hubo, que yo tenga consignado, un segundo en que la llevé a ver el desfile de carrozas en el último día de Ferias. Venía acompañada, y como tal la devolví a casa de los Méndez para desde allí regresar a Madrid. Una vez también me fue a buscar con Cesáreo, el mejor introductor y propiciador imaginable. Teresa se sentía feliz, arropada en anuencia, acogida por partida doble; por los directamente suyos, los concernidos con la Embajada suiza, sus correligionarios; y con los amigos españoles de estos, concretamente yo, por todos.

Pasadas estas tentativas comenzamos a vernos ya por nuestra entera cuenta. Ella, vivía en un pisito pequeño pero más que adecuado de la calle Lagasca en Madrid. Uno de los días en que allí nos encontráramos le llevé de regalo un *Curso superior de sintaxis española*, de Gili y Gaya, porque en alguna ocasión pasada se habían suscitado cuestiones relativas a las dificultades crónicas y típicas que los extranjeros tienen con el español. Teresa provenía de la parte de Suiza predominantemente alemana; pero como sabemos, un helvético culto antes de

terminar el Bachillerato está familiarizado con dos lenguas como mínimo de su propio país, además del inglés. Así el español era el cuarto idioma que Teresa dominaba. Un día hicimos un viaje a Cuenca aprovechando probablemente alguna fecha de vacación en la Embajada. ¿Por qué Cuenca? Ni idea. Tal vez porque yo jamás había estado allí, cosa certísima, ya que de no haber sido por aquella visita la ciudad de los ríos Júcar y Huécar seguiría siendo mi gran desconocida. Recuerdo que visitamos el taller de alfarería artística de un señor apellidado Mercedes, y que allí se suscitó un pequeño pulso dialéctico y lúdico, que por mi parte yo le dediqué a Teresa como una más de las características del temperamento español. Resulta que al hacer yo un gesto así como de escocedura al conocer el precio de mil pesetas de algunos platos y cacharros variados, el maestro artesano me argumentaba que cada objeto era único, irrepetible; a lo que yo le respondía que lo mismo les ocurría a los billetes verdes, que cada cual mostraba un número de serie distinto, y de ahí su individualidad también irrepetible. Yo ponía énfasis en estos ejercicios argumentales como regalo del decir chocarrero y retranqueado que yo le dedicaba a Teresa. Nos hospedamos una sola noche en el hotel Torremangana, el único de cierta garantía teórica en existencia entonces, según mi información. A nuestro regreso se nos antojó coger un racimo de uvas de una viña que llegaba hasta la misma carretera. Decía Teresa que "robadas" sabían mejor, a lo que yo tan sólo me atreví a matizarle que era mejor decir "hurtadas", ya que ninguna fuerza o violencia se había interpuesto entre el sarmiento y nuestras manos.

España comenzaba su despegue económico en serio, y cada uno de nosotros echaba a andar como podía hacia ámbitos inexplorados del espíritu, acompañado por las prestaciones que nuestro crecimiento nacional nos deparaba. Yo percibía como mayoría de edad sociológica el hecho de haber conocido a

Teresa, de contar con ella en sintonía para la salvaguarda de mi percepción de una convivencia moderna. A punto de doblar el siglo lo único que a través de Rudy supe de ella es que trabajaba en los servicios consulares del aeropuerto de Frankfurt. Incalculable mujer a la que quise y todavía quiero.

**Mary Carmen : Alcalá de Henares - Madrid- Rascafría,
1971-1973**

La conocí en una fiesta de Año Viejo, creo que el de 1971, en el chalet de la preciosa finca de Chity Cortés en Alcalá de Henares. Lo curioso del caso es que ésta me había encargado de recoger previamente en Madrid a una chiquilla cuyo nombre ni siquiera retengo, encomienda que cumplimenté a satisfacción de nuestra anfitriona. Guardo una foto de la ocasión: se me ve dentro de mi "smoking" (*evening dress*) luciendo una... como peluca de serpentina alborotada a lo salvaje que alguien me habría encasquetado, y profiriendo una carcajada aulladora con la boca abierta, retadora a todas las convenciones de la proporción y de la sindéresis. Estábamos en el último día de 1971 y distan casi 38 años desde entonces al momento en que estoy rescatando este pespunte de mis Memorias. Lo mejor de toda aquella circunstancia es que nadie parecía estar monopolizado por nadie; quiero decir que no recuerdo la asistencia de parejas establecidas en el sentido de ser consideradas como inabordables para cualquiera de los asistentes. Tampoco recuerdo si al final de la celebración tuve que llevar a su casa a la chavala a quien había traído; o si se marchó con alguno de los que también hubieran venido de Madrid; o si simplemente se quedó a pasar el resto de día en la propiedad del todopoderoso magnate de la hostelería don Clodoaldo Cortés. Todas estas minucias disquisitivas son absolutamente irrelevantes para lo único que aquí importa, y es que conocí a la chica cuyo nombre presta el título al presente relato. La ventaja de la independencia y de la holgura para este tipo de situaciones es la que acabo de indicar: que uno va liberado de rigideces y susceptible de mimetizar su espíritu con el paisaje vivencial que mejor le parezca. Además, en mi

experiencia parecía como primar con tozudez sostenida la característica de ir con alguien a este tipo de eventos y quedar concernido, acaso impactado por otra persona distinta desde los primeros tramos de la situación.

Ya digo que se llamaba Mary Carmen y que conectamos de inmediato. Era morena y muy tipo español, muy agraciada con ese esperado elenco de atributos que sin destacar ninguno de ellos con agresiva evidencia, sí se cohesionaban entre sí para producir un resultado final de alta calificación. Creo que era hija de militar y que vivía con su familia en unos bloques para dicho colectivo entre las calles Raimundo Fernández Villaverde y..., digamos, General Perón. Todavía en pleno invierno diseñé una excursión a la sierra madrileña, adonde buenamente pudiéramos llegar. Cogimos la carretera de Burgos, y al llegar a Lozoyuela tiré hacia la izquierda, en dirección a Rascafría y El Paular. No dispongo de plano referencial alguno que me ilustre la motivación que nos impulsara a detenernos a comer donde lo hicimos. Probablemente se nos hiciera más tarde de lo que hubiéramos considerado como asumible y desistiéramos de llegar a Lozoya, o a Pinilla del Valle. El caso es que nos detuvimos en una casucha, a mano derecha, donde entre sobria rusticidad nos regalaron con unos buenos huevos fritos con chorizo y patatas, fruta de la tierra, además de un café cargado, de esos de artesanía, de puchero. ¿Es posible que algo así, tan elemental y consuetudinario, se alce a rango de categoría inolvidable en el curso de una vida entera? Es seguro. Mi alma lo atesora como una de las realizaciones más preñadas de armonía en las que yo jamás me viera, y me haya visto incurso. Estábamos ambos, Mary Carmen y yo, y nunca me anegó evidencia más consumada de no faltarnos nada; de que formábamos mayoría absoluta, por definición, antes de que se inventara la capacidad de contar. ¡Cuánto amé yo entonces a

aquella criatura! Nos habíamos propiciado un paisaje edénico para nuestras almas. Han transcurrido treinta y siete años y medio, y mi conciencia me insta a percibirlo como vivencia recién incorporada, incorruptamente ilesa de contingencias. En contraste con esto lo demás se aloja en la inevitable comparsa que sirve de relleno al núcleo substantivo. Recuerdo que al llegar a la entrada de El Paular mi coche — al que no había instalado cadenas aun llevándolas en el maletero — comenzó a patinar y a quedarse atrancado en la nieve, cosa que alarmó a Mary Carmen. Mi experiencia en atascos en la arena del Sahara pudo centrar el problema y resolverlo, cosa que me hizo ganar puntos de crédito a los ojos de mi musa.

Pasó aquella jornada y pasaron otras muchas más. Una noche, viviendo yo aún con mi madre en la casa de la calle de Santiago 13 me llamó Mary Carmen y me dijo: "Ven a Madrid a verme, ¿quieres?" Había cogido yo el recado en el teléfono supletorio del antiguo despacho de mi padre; le dije que tardaría... lo que fuese porque me tenía que afeitar y vestir. Y así lo hice: me puse mi traje azul marino oscuro, cruzado. En todo caso no tardaría más de una hora y cuarto desde que me desasí de su voz hasta que me planté en su casa. No recuerdo nada más de aquel pasaje. En unas notas telegráficas que se han quedado sin intervenir o retocar durante todos estos años consigno el hecho único de haber clausurado todo lo que estuviera haciendo en aquel momento y disponerme para acercarme a Madrid a ver a Mary Carmen. Absolutamente nada más. Tuvo que tratarse de otro día que sin embargo se resiste a dejarse colocar en la secuencia de momentos. Por la razón que fuere había conducido yo hacia la carretera de Andalucía o N-IV, y ya de regreso a Madrid, al llegar a la altura de uno de los moteles con cierta notoriedad de discreción permisiva para la época, "Los Olivos", detuve el coche y propuse a Mary Carmen que nos sirviéramos

de dicho alojamiento para despacharnos y compartir intimidades. No se decidió. En aquellos tiempos todavía las chicas albergaban grandes dosis de medrosidad de ser vistas y/o reconocidas, sin descartar que en esta ocasión concreta a Mary Carmen no le apeteciese. Como gesto compensatorio, siquiera en el plano del remedio, y ante mi casi segura situación de enardecimiento agónico, accedió a masturbarme. Me dijo —revelación descomunal— que estaba operada del corazón, y hasta no sé si hizo además de mostrarme el comienzo del costurón que le arrancaba de debajo del cuello y que por tratarse de habernos visto todas las veces en estación climática donde se imponía la ropa de abrigo, yo no había podido humanamente detectar. El último detalle que sobre ella aparece en mis registros es una llamada que le hice desde Alcalá de Henares. Era ya por 1973. Atravesaba yo un periodo conflictivo, lacerante y desoladoramente estúpido naufragando en aguas plagadas de depredadores y agarrado tan sólo al salvavidas del sentido común y de la inercia de la supervivencia. Me dijo — no se me olvidará en tanto respire — : "¿Me necesitas para algo?" La ternura y comprensión que me dedicara en aquella respuesta me sigue acompañando; es como un remanente siempre renovado de esperanza en las cosas mejores. No he dejado de pensar en esta mujer. Ojalá que sus conjeturas sobre la transcendencia se compaginen con las mías en un encuentro a prueba de eternidad.

Elvira : Alcalá de Henares 1981

Nuestra vida suele organizarse con arreglo a unos cuantos, pocos, *desiderata* básicos: en los estudios, lucidez y perseverancia; en las finanzas, buena administración y sentido proporcional; en la salud, higiene y ausencia de abusos; en cuestiones del corazón..., autenticidad y evitación de males mayores, etc. Centrados en esta última reflexión sobre la vivencialidad invasora de nuestros sentimientos, estoy seguro de que cada cual haría descansar en un reducido haz de damas la porción de eterno femenino sobre el que han zozobrado sus desasosiegos. Es de ley que en la vida de todo hombre se yergan unas cuantas mujeres, a veces una única, a las que atribuyamos la titularidad de nuestro mejor yo. No es menos cierto que dichas constelaciones principales frecuentemente se acompañan de un cortejo de inferior magnitud, pero que por eso mismo y por servir de contrapunto contrastivo realzan la entidad de los astros mayores. Hay mujeres por las que uno jamás habría podido apostar "el resto" de la partida vital, pero que sin las cuales otros grandes y memorables envites hubieran perdido buena parte de su significación.

Elvira era una chica prácticamente de la calle. Estaba al cargo de un puesto de venta de helados enfrente del inmueble donde yo vivía y vivo del Paseo de la Estación en Alcalá de Henares. Nunca jamás indagué sobre si el negocio era de su propiedad o trabajaba por cuenta ajena; no, no recuerdo haberle preguntado sobre dicho extremo. Tampoco puedo colocar con exactitud en la secuencia temporal el momento en que me enteré de que era chilena. No muy alta aunque tampoco bajita, y con atributos que a pesar de la amortiguación que le prestaban sus ropas no muy cuidadas, denotaban poseer tentadores recursos eróticos. Todo el asunto supongo que tendría que ver con mi

época inmediatamente post-chilena de Lucía. En la medida que fuere, Chile me había impactado, y por esa inercia acumulada en las cosas yo tendía a conceder el beneficio de la duda — si de duda se tratara — a toda persona que me trasladase cualquier aspecto o substancia de interés de dicho país. Y resulta que Elvira era chilena. Así que de momento y mientras no se demostrara nada en contrario, articulaba unos resortes de atracción suficientes para que mi alma dirimiese su neutralidad en favor de ella.

Hablar de cortejo en este caso es pura retórica hueca. Yo estaba sujeto a mis ciclos laborales y para el caso que ahora nos ocupa me refiero necesariamente a cualquiera de los periodos no lectivos que consentía el trabajo universitario, y que yo invariablemente, y a menos de estar de viaje, pasaba en mi domicilio de Alcalá de Henares. El episodio presente tuvo necesariamente lugar durante la Semana Santa y/o el verano de 1981. Probablemente yo desde mi casa del Paseo de la Estación y ella desde su puesto de venta de helados propiciáramos alguna charla de circunstancias. Una mujer bonita, por lo menos atractiva, apostada en régimen de estabilidad a pocos metros de donde uno vive es ya de por sí una agresión... todo lo pacífica que se quiera, pero agresión. Tal vez por el propio testimonio de Elvira supongo que trascendería el hecho de que estaba emparejada con... un tío que al parecer la maltrataba. Le oí decir a alguien que era un "quinqui" ex-presidiario. Bueno. Yo doy por no emitida dicha caracterización. De lo único que puedo dar fe es de que Elvira y él parecían tener incompatibilidades acusadas. Por aquel entonces no se había desarrollado aún la tan estúpida y tan estéril legislación sobre los supuestos malos tratos. Y acaso era mejor. La gente que no se entendía en convivencia se separaba y sacaba conclusiones. Ahora las parejas se pasan la vida litigando, y como la ley les hace ver a todos que la razón

está de su parte, no se detienen a pensar y la experiencia traumatizante les sirve de muy poco o nada. Salen de un fregado y se meten en otro.

Por supuesto que ignoro el panorama mental concreto en el que se hallara Elvira con relación a todos estos temas. Un día la encontré por la calle de Libreros: a duras penas pudo confeccionar la compostura y el gesto de un saludo, de tan contrariada y demudada como venía. Ella sabía por mí que yo había estado ya tres veces en Chile, de manera que asunto de conversación no nos faltaba. Carezco de detalles sobre cómo nos citamos la primera vez para "perdernos por ahí" en coche. Tal vez porque habláramos de los sitios de Alcalá donde mis amigos y yo hacíamos deporte, y yo quería enseñarle la ribera del río siempre propicio a las expansiones de intercambios de intimidades de difícil acomodo en la ciudad; tal vez por lo que fuera, el caso es que conduje mi Mercedes 200-D, el del asiento delantero de una pieza, hacia el puente de La Esgaravita, desde donde solían arrancar las mediciones de nuestras carreras, allí junto a un antiguo transformador eléctrico. Yo estaba a lo que ella tuviera a bien celebrar conmigo; la chica me caía inmejorablemente, y nuestro corto trato había alentado por mi parte una simpatía en la que primaba mi resuelta voluntad de serle de algún servicio en medio del páramo afectivo tan poco halagüeño en que parecía desenvolverse. Yo me encontraba bien con ella; la instancia de autocomplacencia había dejado paso a la de empatía solidaria. Me gustaba Chile y todo aquello que encarnara — ¡y quién mejor que una mujer para encarnarlo! — algo de un país que me había resultado tan propicio, recibía de momento y sin más trámite una remesa gratis de mi crédito. Algunos hombres somos unos animalitos transidos de sensibilidad y de miramientos, y la primera e irrenunciable incumbencia erótica que nos traslada una hembra imantante la

transformamos en anuencia piadosa, en cesión y sacrificio de nuestras legítimas tendencias a cambio de lo que a ella mejor le parezca. Elvira debió de sopesar todas aquellas conjeturas, e independientemente de que yo hubiera exteriorizado o no cualquier sugerencia de intimidad perentoria, se aplicó a desabrocharme la cremallera del pantalón y a chupármela con convicción persuasiva. Nunca jamás hablamos de su compañero. Con Chile teníamos bastante.

Elvira era de color clarito, labios muy proporcionados, volúmenes muy en armonía con el aura que emanaba de su bulto animado. Un día la invité a comer al Oliver's. No recuerdo si aún regentaba el puesto de helados de la esquina del Paseo de la Estación con la calle Ferraz, en el tramo más cerca del portal de mi inmueble. Probablemente yo era el único que podía hablarle de su país y de sus cosas con conocimiento directo. Tampoco puedo precisar ahora si en el hecho de residir en España se agazapaba algún motivo político de inconveniencia con el régimen entonces imperante. Lo más sobresaliente de nuestra relación era su falta de sistema, y al mismo tiempo la convicción de que entre nosotros dos siempre existiría una reserva de nexo empático a prueba de contingencias y de transformaciones sociales. Aquel día de la comida supongo que constituiría la única ocasión en que tuvimos relaciones plenas; en que follamos, quiero decir, aunque tampoco lo hicimos con la formalidad esperable del lecho que teníamos a unos cuantos pasos, sino que la indefinición femenina de Elvira propició que la penetrara en el sofá del "living": jugó a hacerse la deseada y lo consiguió; pero al comprobar que mis pretensiones eróticas siempre dejaban paso a la liberalidad más deportiva, más permisiva, y menos agobiante respecto de ella, de sus preferencias... fue como si en un instante de reflexión se percatara de la congruencia de mis merecimientos, y se me ofreció. Fue una bella penetración

cumplimentada por un orgasmo inmediato que no recorrió ni siquiera unos pocos segundos desde el consentimiento de Elvira. Atesoro con gratitud tu generosidad, acaso tu desprendida inconsciencia. Si no por conocimiento sí acaso por intuición adivinaste muy bien que tuviste en el corazón mío tu mejor aliado.

ADVERTENCIA ACLARATORIA

Para todo lector que no esté familiarizado desde el principio con mi obra en prosa en la que bajo el título que fuere se vienen recogiendo *sensu lato* mis Memorias [sirva de ejemplo *Un castellano en Granada. Memorias tergiversadas y recuentos olvidadizos*, terminado de confeccionar hacia 1996 y publicado en 1999] creo inaplazablemente oportuno facilitarle la presente aclaración. Dejados atrás los diez cursos académicos (1961-1971) que pasé como hispanista en Universidades de los USA y de Canadá, los últimos treinta y tres años de vida laboral, hasta el de mi jubilación en 2006, los desarrollé como anglista en la Universidad de Granada (España). Es, pues, aquí precisamente donde tienen lugar de muy principal manera los acaeceres que fundamentan los siguientes capítulos. Por otro lado, y aun sin proponérmelo, la parte que así correspondiere de este volumen podría considerarse sin violencia alguna de criterio continuación natural de *Un castellano en Granada*, hasta las fechas que más recientemente se recojan.

**Feliciana : Granada-Almería (España) -
Aberdeen (Escocia, Reino Unido) 1997-1998**

La vida del profesor universitario — yo prefiero llamarle funcionario docente-investigador de instituciones superiores; y si me refiero a él como "profesor" es por facilidad comunicativa aun a sabiendas de su menguada propiedad — es una de las más tipificadas a causa de las encontradas valoraciones de que ha sido objeto, muy *grosso modo*, por parte de la sociedad. Desde el punto de vista laboral estricto, probablemente sea éste el único menester que, según la historia ha demostrado, no ha podido nunca encasillarse en los módulos más o menos convencionales de horas, días, frecuencias, etc. por los que, me atrevería a decir, todas las demás profesiones en mayor o menor medida se rigen. Sabido es que el docente-investigador universitario — quiero decir, si de verdad lo es, tanto con arreglo a sus credenciales previas y competitivas como al resultado homologable de sus prestaciones — es responsable básicamente por ley de una serie de periodos de disertación ante sus clases, y de otros tantos de permanencia o consulta en su despacho de la Universidad. Fuera de eso, que combinadamente no suele superar las quince horas semanales, el resto del tiempo lo administra como más adecuadamente le parece. La tarea primordial del profesor es pertrecharse de conocimientos y comunicarlos a los alumnos que integren las clases a su cargo. Y esto, excepto para los encanallados de raciocinio, se entiende que es un menester difícilmente compatible con el hecho de tener que "fichar" cada jornada. El docente-investigador — repito, si de verdad lo es — no puede decidir que de tal hora a tal hora se va a poner a investigar (reflexión más toma de notas) sobre tal o cual tema, arranque de un artículo, de un libro, de una conferencia, etc. y que cuando sean, por ejemplo, las cinco, eche las compuertas a la

riada de voliciones y sugerencias que tuviera operativas hasta ese momento, y considere terminada su jornada de trabajo. Eso es precisamente lo que quisieran muchos; que el proceso laboral de un profesor universitario no se distinguiera del propio del mecánico, o del delineante, o de la enfermera, o ni siquiera del médico de guardia, etc. que cuando llega la hora de marcharse recogen los bártulos y se van cada uno a donde les plazca. Así no funcionaría ni aun lo poco y muy mejorable que funciona en la Universidad española. No. Al profesor no se le puede decir: piense Vd. hasta la hora de comer a las 14:00 pm. Deje de pensar durante el rato corto o largo que dedique Vd. a su comida; vuelva Vd. de nuevo a pensar hasta que le toquemos el timbre.

El pequeño detalle de haber sido profesor universitario — ya en posesión del título de *doctor* desde el primer momento — durante 45 años, por supuesto que no me da más derecho que a cualquier otro prójimo a arrogarme mejor cantidad de acierto en el enjuiciamiento de la cuestión que sea; pero lo que sí que me otorga es el acervo de constataciones que fundamenten mi propia estadística; y que si se trata de elegir entre eso y la nada o el "esto es así porque lo digo yo", desde luego que mis razones adquieren rango de artículo de fe. La ley, a veces sin proponérselo, es decisivamente clara y señala una elocuente delimitación entre el personal docente-investigador — que es el que con el título de doctor puede considerarse como propiamente universitario — y el solamente docente, que por no concurrir en él dicha titulación de doctor corresponde al de la Segunda Enseñanza para abajo. Las excepciones no pueden ser más concretas: el profesorado "contratado" libremente para funciones dentro de la Universidad, sea cual sea el título que ostente; y el doctor profesor de Segunda Enseñanza que puede, o bien ilustrar una "sobrecualificación"; o bien una atonía del interesado al no aspirar desde su titulación de doctor, y mediante el

correspondiente concurso (u *oposición* en su caso) al rango universitario. La consideración, pues, de *investigador* radica, así, en la posesión del título de doctor — toda Tesis doctoral se considera como trabajo de investigación por antonomasia — y en el ejercicio del mismo al máximo nivel institucional.

Retomando el acorde de las primeras líneas, y tan sólo con la finalidad de orientar al lector mediante unos trazos particulares en el ambiente del trabajo del docente-investigador dentro de una Universidad, asimismo me parece relevante apuntar la pugna tácita, nunca abiertamente declarada, entre el personal administrativo de los distintos negociados y secretarías, y la figura del profesor propiamente dicho. Se me dirá que por qué. Pues porque el personal administrativo nunca ha podido aceptar de buen grado que ellos tengan una hora de entrada al, y de salida del, trabajo; y los docente-investigadores, no, por lo que dijimos más arriba. De ahí su empeño sordo, zapador y constante por echar sobre las funciones normales de estos últimos — ya sabemos: estudiar; preparar las clases; dar las clases; publicar libros y/o artículos; dirigir trabajos de investigación (Tesis doctorales; Tesis de licenciatura; trabajos de investigación previos a la Tesis; trabajos post-doctorales, etc.), atender las horas de consulta y las organizativas inherentes ya de por sí a todo Departamento, etc., etc. — cosas que corresponden al funcionariado administrativo de plantilla de todo Centro. Enrocarse en tan abyecto proceder — y así lo he dicho yo multitud de veces— es como si yo pretendiera, desde mi especialidad, que algún empleado de Secretaría fuese capaz de traducir un soneto inglés a algo medianamente decoroso en castellano. En todas estas tres últimas décadas de imperio de la informática, ha venido constituyendo una conducta vejante, una práctica provocadora, el hecho de que la Administración no preservase de un año para otro la cantidad variable de

formularios y papeles correspondientes a toda la suerte de informes, peticiones, solicitudes, instancias, reglamentos, que con régimen de rutina, se le exigen rellenar y cumplimentar al profesor. La mayoría de las veces, con el mero añadido de un número, o una clave, o una palabra la diligencia quedaba perfectamente despachada, sin necesidad de amontonar los miles y miles de papeles inútiles. Cada cual habla de lo que conoce. Los empleados de la administración de justicia airean las deficiencias de su sistema, y por mi parte las creo. Pues que me crean a mí también cuando digo lo que digo. La instancia superior que regule — o que haya regulado, tendría más propiamente que decir, desde el plinto de mi jubilación — el funcionamiento de los menesteres administrativos en las Universidades, seguro que es descendiente del tal Parkinson a quien se debe la ley de su mismo nombre, a saber: que un documento paseado de sección a sección, de negociado a negociado, etc., genera él solo una cantidad exponencial de otros papeles o documentos que a su vez... El ejemplo más patente de lo que digo lo constituyen los modelos de formularios o carátulas con que los profesores somos bombardeados contumazmente cada curso académico con motivo de la implantación, revisión, consideración... de las mil zarandajas con que los políticos profesionales se justifican: programa de Bolonia, presuntos incentivos, valoración continuada, planes de estudio, juegos de fechas, preparación de *curricula*, etc. Con un mínimo de curiosidad se percibe que una también mínima modificación en el apartado que sea, en el recuadrado donde deba aparecer el concepto que sea deja perversamente inservible al cien por cien el modelo anterior. Una de las cosas más clamorosamente intrincadas lo constituyeron los formularios que la Junta de Andalucía emitió para la recogida de la supuesta labor investigadora y de méritos docentes y *de todo tipo* [y subrayo

intencionadamente *de todo tipo* porque fue así: que haber sido miembro de cualquier comité de pelanas puntuaba más que poseer un segundo doctorado, aproximadamente y por ejemplo] para todo el elemento docente-investigador de las Universidades de su Comunidad.

El menester de profesor de Universidad "in full standing", o sea, como funcionario "por concurso/opusición" a tiempo completo tiene la ventaja palmaria y atractiva de, como se dijo, permitir a su titular organizar a su antojo algo más del cincuenta por ciento de lo que significa su trabajo, cosa prácticamente imposible para cualquier otra profesión. Es una ocupación para gente que sepa distinguir entre lo que son valores y lo que son otras cosas, meritorias acaso, sí, pero... otras cosas. Además, y siempre desde la perspectiva en que a mí me ha tocado instalarme, puedo decir que el sistema norteamericano — que conozco por mis diez cursos académicos, profesados en una Universidad USA y en dos canadienses — es más vivo, más competitivo; mantiene la tensión, las ganas de superación y de mejora por medio de estímulos objetivos, uno de los cuales es la aspiración a colocarse en los centros que se reputan como mejores, tanto en concepto de prestigio como de remuneración, indicando que normalmente lo uno y lo otro van asociados. La movilidad, inagotable en la práctica, hace de la institución universitaria norteamericana (USA y en menor grado Canadá) una realidad dinámica en que la excelencia es una meta que, por módulos objetivos, está al alcance de todo aquel que disponga de las capacidades requeridas. Justo lo contrario que en España, donde la concepción funcional automática acarrea que todo aquel que ha logrado un puesto en propiedad quede a efectos reales sujeto a desempeñar sus funciones en ese mismo sitio vitaliciamente. En España las motivaciones son muy escasas,

cicateramente tasadas, lo cual acarrea el adocenamiento del personal.

En lo relativo al mundo de convivencia en el que se desarrolla la función universitaria (profesorado, alumnado, colectivo de administración y servicios etc.), por lo que a mí concretamente respecta me interesa subrayar rotundamente que de mí en primer lugar, quiero decir originariamente, nunca ha partido hacia nadie vibración, insinuación o propuesta alguna que descompensara o desvirtuara en un punto el cometido, la razón de mi trabajo. Simplemente cuestión de estética, mezclado acaso con algo de santidad. Efectuado este desbroce elemental y previo, creo que podemos entrar en el tema.

Se debió de tratar del curso 1995-1996. Feliciano se encontraba en su quinto año de carrera, y por lo que atañe a mi asignatura de Literatura inglesa II, había rellenado y entregado en su momento la "ficha" preceptiva de pertenencia a dicha materia, y por ello — en justa correspondencia, por otra parte, a la información que sobre mi persona facilitaba yo a las clases en mi presentación el primer día de andadura — se declaraban los típicos detalles convencionales. Feliciano era originario, y al parecer accidentalmente, de Lorca (Murcia); había vivido la mayor parte de su tiempo en Albacete, y desde hacía unos cuantos años residía, al menos con su madre, en Almería capital. De su presencia, ¿qué voy a decir? 23 años: morena, espigadita y altita, volúmenes muy compensados, pelo bonito y largo, sin llegar a la exageración de la cintura; buena dicción y voz armónica; en suma, una chica decididamente atractiva. Ahora bien, no se olvide que estamos en una Facultad de Filosofía y letras de varios miles de chicas de cuya singularidad, *prima facie*, podrían predicarse rasgos equiparables. Lo que interesa en todos estos casos, por supuesto, es el toque personal, ese soplo de connivencia que presta a las características apuntadas una

operatividad concreta; que transforma la indiferencia en complicidad. Aquel quinto año de Licenciatura, Feliciano se paseó por el horizonte de mi conciencia de manera más bien inadvertida, coadyuvando a ello el hecho de que pasara buena parte del curso en Irlanda, como indicaba su ficha. En suma, y como dije, la rutina de una chavala más en una Facultad con cientos más de ellas.

El argumento tuvo necesariamente que comenzar a desarrollarse en el curso 1996-1997, una vez que hubo terminado la Licenciatura y se hallaba en las estribaciones preliminares de los cursos de Doctorado. Durante mis 33 años académicos en Granada yo pertenecía al típico, si bien reducido, colectivo de profesores a tiempo completo que por no tener incumbencias de ningún tipo con la ciudad, ni intereses personales con sus gentes, más tiempo consumía trabajando en la Universidad. A partir del curso 1977-1978, en que se llevó a efecto el traslado masivo de la facultad de Filosofía y Letras, de las dependencias del así llamado Hospital Real al nuevo edificio del campus de Cartuja, mal que bien se pudo contar con un espacio moderadamente digno, habilitado como despacho, donde desarrollar las funciones inherentes a la labor de docencia e investigación. Yo *no viví* nunca en Granada : me hospedé, me alojé. Los 29 cursos de uso y disfrute de la habitación 402 del hotel Casablanca, en pleno centro de la urbe, certifican lo que digo. De forma que yo, excepto para retirarme por las noches, acudir a mis sesiones deportivas cuando y donde ello fuera posible, y asistir a los encuentros con mis amigos ajedrecísticos, la mayor parte de mi tiempo en Granada ha transcurrido en el despacho o parte de despacho que en cada época me correspondiera. Feliciano tuvo que acercarse alguna vez a charlar conmigo sobre temas académicos de su interés; el comienzo de la preparación de su doctorado, etc., cuestiones todas ellas respecto de las cuales mi

labor de consultoría y/o asesoramiento era indudablemente básica. En una sola de estas charlas, en cualquiera de ellas, monográfica y distendida, la valoración que alguien tenga de quien fuere puede dar un vuelco. Yo voy recordando ahora, cada vez con más precisión en los perfiles, que me di maña en exponerle a Feliciano — era mi deber profesional y mi personal complacencia — todos los entresijos de lo que constituye un trabajo de investigación. Tampoco es ahora relevante saber — que no lo sé — si Feliciano en aquellos primeros tramos de su toma de contacto con la "post-licenciatura" me tenía a mí como su tutor oficial, asignado por el Departamento. En cualquier supuesto, por hallarme yo prácticamente todo el tiempo en la Facultad, mucho más allá de las horas preceptivas de permanencia, y porque Feliciano viajaba desde Almería, nuestro encuentro de consulta y consejería se había producido a idénticos efectos. Yo era un funcionario docente-investigador del Departamento de Filología inglesa, y ella era una estudiante oficial, "in full standing", de dicho Departamento. Y eso era más que suficiente.

Supongo que le caí en gracia a Feliciano por las mismas cosas por las que otras, acaso, no me dedicaran un instante de anuencia. Colaboraba en todo este esquema general el factor aséptico de que el presunto y supuesto campo de especialización de Feliciano para sus estudios de doctorado no tenía que ver con mi especialización. No existía, pues, entre nosotros el más mínimo nexo técnico académico, excepto, como digo, el general de ser ella una matriculada para el grado que fuere en la Universidad de Granada donde yo trabajaba de funcionario docente-investigador a tiempo completo, comprometido a prestar mi asistencia a quien así lo creyera conveniente. En todo caso se creó entre nosotros dos una argamasa provisional pero suficiente de complicidad de espíritu.

Los días 29 de abril y 5-6 de mayo de 1997 el profesor Emilio Barón de la Universidad de Almería organizó allí una serie de conferencias sobre "Literatura comparada. Relaciones literarias hispano-inglesas (siglo XX)" . Fue precisamente la última de estas dos jornadas, el seis de mayo, martes, a las doce horas del mediodía cuando me tocó intervenir con "Mi recuerdo de Laurie Lee (desde una clave andaluza)" [Ni que decir tiene que todos los 'papers' leídos conformaron dos años más tarde un garboso y pulcro volumen editado por el profesor Emilio Barón, a cargo del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería]. Acompañada de otras dos compañeras, asimismo alumnas de mis clases de literatura inglesa en la Universidad de Granada, Feliciano asistió recatada y reverentemente femenina a mi disertación. Se nota, se palpa por los poros del alma, por los intersticios de la piel de los sentidos, cuando el ambiente se carga de motivos, de claves inéditas. Tal creí yo percibir durante los escasamente veinticinco minutos que duraría mi intervención. Al despedirnos dejamos morosamente que nuestras manos se fueran desglosando después de recorrer conscientemente, intencionadamente, los milímetros de epidermis de nuestros dedos. Después de esto, y una vez regresado a Granada para retomar la actividad de lo que quedara de curso, me atreví a dar un salto, podríamos decir, el salto cualitativo: le envié cien rosas de primera magnitud a Almería, a su casa, con un involuntario "ya vas bien servida", salido de los recintos interiores de mi conciencia, y que yo mismo me sorprendí escuchándome.

No fue sino hasta el 10 de junio, alrededor de un mes más tarde, cuando al pasarme yo por la Facultad [no se olvide que para esas fechas las clases han concluido, por lo que los horarios se hacen "todavía más" flexibles] encuentro sobre la mesa de mi despacho una nota que había dejado Feliciano en Secretaría. Decía lo siguiente:

Querido Tomás,

He estado esta mañana en la facultad pero no he podido verte. Es martes, 10 de Junio. No quería nada en especial, simplemente agradecerte "el detalle" (mis vale tarde que nunca) y decirte que tenemos que hablar sobre el año que viene. La razón es que me han concedido un doctorado y estaré fuera todo el curso. La próxima vez que venga a Granada te avisaré de antemano.

Un saludo,

Feliciana

Bueno. Normal. Todo en su justo acorde, a compás. Ni que decir tiene que yo contestaría dicha cartita con puntualidad, ya que con fecha dos de julio, y desde Almería, me vuelve a escribir y remata su misiva con un "espero verte el día 9 en Granada. Un abrazo". Bien. De momento se ha pasado del "saludo" al "abrazo". El resto del texto lo dedica a agradecerme de antemano hacer posible su proyecto de vernos en Granada, dado que por

esas fechas, y siempre en función de las mismas y de los exámenes, solía yo haberme venido a Alcalá de Henares. Sin que por mi parte medie ningún otro registro, puedo asegurar, pues, que nos tuvimos que ver el mencionado día 9 de julio en Granada.

Hay que esperar ya hasta primeros de octubre de 1997 para estar en posesión de una nueva carta detallada y pormenorizada de Feliciano desde Aberdeen (Escocia, Reino Unido). Me cuenta muchas cosas: que me escribe en papel de cuaderno de rayas porque el blanco está "a precio de oro"; que su alojamiento le cuesta "exactamente el doble" que en Granada, etc. Deja para el final: "Qué te parece si me envías alguna de tus poesías cuando me escribas?" Dicha carta la contesté muy diligentemente con otra mía, de 10 de octubre, y que por costarme 367 pesetas tuvo que incluir algo..., tal vez algunos poemas; probablemente mi librito *Penúltimas palabras*. Y llegamos al periodo vacacional navideño y de Año Nuevo. Yo, por supuesto, en mi casa. Y fue allí, en Alcalá de Henares, donde recibí la siguiente postal/carta de Feliciano, que incorporo íntegra a estas páginas en su formato original:

Querido Tomás,

Felicitar la Navidad es una simple excusa para escribirte.

Estuve en Granada la tercera semana de Diciembre y, por supuesto, me pasé por tu despacho para saludarte, pero no estabas. Luego me dijeron en el hotel donde te hospedabas que ya te habías ido de

vacaciones. Me dió mucha pena
porque tenía ganas de verte y charlar.

De todas formas, espero que pases
unas felices vacaciones en compañía
de tu familia y amigos.

Me quedo hasta el día 8 pero
no creo que te vea antes de irme,
así que ya te escribiré desde
Aberdeen.

Cuidate, un beso.

Feli

Lo primero que puede constatar el lector es que, con esa gradación femenina tan intuitivamente característica, Feliciano había pasado del "saludo" al "abrazo", y al "beso". Y después de

esto, ya no me cabía duda de que Feliciano había entendido cabalmente el baile de mis fechas de estancia en Granada: todas excepto los periodos de fin y principio de año; de Semana Santa; y de verano. De ahí el hincapié que yo siempre hice en la distinción entre vivir/residir en un sitio, y hospedarse/alojarse en el mismo sitio. De vuelta en Granada con el fin de reanudar el curso, recibo el 27 de enero 1998 una carta de Feliciano, en tono un tanto acuciante. Comienza:

"Querido Tomás,

Me sorprende no haber recibido respuesta tuya todavía y me pregunto si es que nunca recibiste mi carta en Navidad (te escribí a Alcalá)". Me habla de muchas cosas. Parece estar metida en todo el remolino desplegado de posibilidades de estudio y de concreción de objetivos: "Estoy matriculada del trabajo de investigación [con la Universidad de Granada, supongo] y si te digo la verdad no sé muy bien en qué consiste. Así que necesito ayuda, porque aunque no paro de leer tengo la horrible sensación de perder el tiempo o de llegar tarde a algún sitio. ¿Serías tan amable de mandarme información sobre la estructura formal del susodicho trabajo?" En otro lugar: "Otra cuestión que no para de rondarme por la mente es la de quedarme aquí otro año más. Estoy pensando en buscar trabajo como lectora de español en alguna universidad escocesa. Me encanta este lugar, y me gusta tan poco Almería... Mi familia y mis amigos están allí, pero sé que mi sitio no está allí". Magnífica y muy razonable declaración. Creo que a todos nos ha sucedido. Mi primera estancia prolongada en Inglaterra 1959-1960 me significó un vuelco en mis mediciones de valores, en mis percepciones cosmovisivas. Claro que eran otros tiempos, y aun así el Reino Unido, tan sólo quince años después de la segunda guerra mundial, distaba incuantificablemente de la mayoría de las realidades tan deseables para un español de

entonces. Yo recuerdo vivamente haber experimentado idéntico síndrome. A los varios meses de residir en Market Harborough me asaltó insistentemente la idea de quedarme, cosa que no llegaría a materializarse por el programa concreto e imperioso de menesteres que me esperaban en España, y que se resumieron en la preparación y presentación de mi primera Tesis doctoral, la de Filosofía y letras, en 1961, y mi marcha a los EE.UU. de América ese mismo año. Pero yo entendía perfectamente a Feliciano. Sintonzaba con su desazón, por mucho que la diferencia en todos los órdenes entre Almería y Aberdeen en 1998 no fuese ni la diezmillonésima parte de abultada que la existente entre Alcalá de Henares y Market Harborough de 1959, hablando siempre, por supuesto, a favor de una y otra localidades británicas. Y ya al final de su carta, en un apéndice escrito un día después de todo el texto restante, me dice:

"23 de enero

No quiero mandar esta carta sin hacer una invitación. Creo que me atrevo a hacértela porque ya la hiciste tú antes : me encantaría que me hicieras una visita; si no ahora porque hace frío o estás ocupado, más adelante, en Semana Santa o después. ¿Qué te parece? No sé si has estado aquí antes, supongo que sí, pero eso es lo de menos. Créeme, sería un placer y un honor para mí tenerte aquí unos días. Espero tu respuesta", etc.

La cosa había adquirido ya ese punto donde todos los motivos posibles entraban en danza: la geografía, el amor, la aventura, si bien estos tres conceptos a veces se funden y se confunden. No, yo nunca había estado en Escocia, porque llamo *no* estar a tocar únicamente en el aeropuerto de Glasgow, viniendo de Canadá, y dirigiéndome a Stuttgart a recoger mi primer coche Mercedes, todo ello en 1967. Y la verdad es que tenía ganas de conocer algo de esta parte de Gran Bretaña. La geografía actúa de formidable excusa para la aventura del

espíritu, y viceversa. La geografía es amor, que dijo el poeta. Aberdeen había estado en mi conciencia, pero... ¿tenía Aberdeen entidad real sin Feliciano? ¿Y Feliciano sin Aberdeen? Nunca se sabrá el juego que protagonizan estos factores puestos en contacto; y es bueno que así sea. Aberdeen sin Feliciano, no; pero Feliciano sin Aberdeen, definitivamente tampoco. Aquella invitación expresa, por escrito, a encontrarnos, a vernos, a "estarnos", fue la cota máxima a partir de la cual, y en razón de su excelencia, las cosas pudieron y debieron haber tomado un cariz, un desenvolvimiento ajustado y armónico..., y sin embargo. Ahora, once años más tarde, en que me ocupo escribiendo esto, toda suerte de símiles y equiparaciones me acuden en tropel. La de más plasticidad sería comparar todo este asunto a un copioso ovillo de infinitos hilos, y que en razón del acierto o desacierto del desarrollo, cada hilo del que tirásemos nos trajera..., o bien un glorioso desenlace, o bien un panorama penoso, respectivamente. La invitación de Feliciano marcaba la máxima altitud en lo que pudiéramos entender como fase preparatoria o heurística; y a partir de ahí habría que haber actuado fino, cosa que yo no hice. Fue una sucesión encadenada de episodios normales en los que, no obstante, por estar presididos más por el espíritu que por la consciencia, escoraron del lado de la inoportunidad y de la desmesura más que del de la discreción contenida. Todo salió mal, hasta constituir uno de los más clamorosos (acaso el que más) desarreglos de mi entera vida; una de las más completas y estropiciantes pasadas de rosca de mi menester cabal de hombre. Veamos de explicarlo paso a paso, si es que la obnubilación y vértigo anestésicos que todavía me produce el tema, me lo permiten.

El primer fallo que cometí fue enviarle a Feliciano nada que tuviese que ver con *mi* literatura. Se trató de *Amor se dice obitcham en búlgaro*; pero hubiera dado lo mismo de haberse

tratado de cualquier otra pieza, bien en prosa o en verso. Las mujeres no suelen distinguir la obra, como tal, del autor, y el embrollo valorativo que establecen para una y otro no acarrea más que malentendidos. Me gasté 1,420.- pesetas en labrarme una inconveniencia más. Pero bueno, el caso es que su carta de 22-23 de enero quedó contestada cumplidamente con este envío mío del día 28, y con otro más del 30, con los que supongo que complacería todas sus peticiones. Pero la intensidad epistolar, que desde luego había alcanzado su cúspide, se mantenía resueltamente. Feliciano escribía: mucho y bien, llenando sus cartas de materia vivencial cada vez más acuciante. El 29 de enero recibo otra suya, en la que monográficamente, me cuenta sus contratiempos con el programa de trabajo que pensaba emprender, y que no puede hacerlo por imposibilidades de cupo, y de que el profesor responsable de las supuestas tutorías no puede encargarse de nadie más, etc, etc. En mis registros tengo anotado que dicha carta la contesté con otras dos mías: una del 30 de enero [quiero creer que distinta de la enviada en respuesta a la recibida el 27, pero según parece, escrita y cursada el mismo día]; y otra, el uno de febrero. De ninguna de estas cartas "intermedias" he guardado copia: mal hecho; falta de previsión y de perspectiva, porque de haber sido así, el panorama temático hubiera quedado todavía más esclarecido. Me consuela colegir que nada de lo que Feliciano y yo estuvimos peloteándonos — cuestiones académicas curriculares, y demás motivos inherentes a las mismas — supuso avance alguno respecto de la cota alcanzada por su nota de invitación a visitarla. La carta de Feliciano de 12 de febrero, recibida por mí el 16, termina con todos los preámbulos; la contención se transforma en riada, y la cautela en desazón; la sospecha en desvarío. Dos páginas y media sin desperdicio en las que toma la iniciativa y me cede el turno de réplica... prácticamente de todo. Feliciano derrocha

vivencia, me hace titular de protagonismos desconocidos para mí. Todas las cosas que dice son reseñables, pero ante la desmesura que supondría transcribir el texto pleno, entresacaré lo más perentorio, aunque siempre con la duda de si la carta entera no sería más conveniente:

No hace mucho me di cuenta del estúpido error que he estado cometiendo contigo desde que te conocí. Me dejaba llevar por un irracional prejuicio basado asimismo en la insostenible idea de que he conocido a prácticamente todo tipo de hombres. Juzgaba cada hecho, carta, o conversación entre tú y yo siguiendo ese prejuicio. Afortunadamente, no me costó mucho trabajo liberarme de él, sólo un poco de tiempo y de espacio; un poco de perspectiva ayuda mucho. Y por supuesto, tu ayuda. Lo creas o no, te guste o no, tú me has liberado de ese prejuicio. Ahora puedo agradecerte libremente aquellos siete kilos de rosas rojas que me sobrecogieron y desbordaron el corazón, que me llenaron de sensaciones y sentimientos de todo tipo y que permanecerán en mi memoria para siempre, tan vivas y perfumadas como el día que las recibí. El ejemplo de las rosas es simplemente uno de los más representativos de lo que hasta ahora he recibido de ti y, desde luego, no el único. Te los agradezco todos

¡Hhhuufff! ¡Toma párrafo! Y esto tan sólo un poco después del comienzo. Ya le dije al lector que la carta entera podría hacerse cargo holgadamente de ese tipo de glosa analítica en que cada línea del texto original genera una página entera del exégeta. Y a todo esto, uno, yo en este caso, sin ser consciente de las cosas que se le atribuyen; realidad, por otra parte, absolutamente esperable. En una comunidad universitaria uno tiene las antenas del alma normalmente abiertas a las

cualesquiera sintonías que quieran posarse en ellas. Y si esto llega a ocurrir, la aventura queda a renglón seguido compartida: uno puede suscitar... lo que sea [me da pudor repetir los términos de Feliciano], y al mismo tiempo uno puede verse caracterizado de "liberador de prejuicios". En estos menesteres, lo peor es esperar algo de alguien; si acaso, únicamente de la situación, igual de dadivosa o de cicatera para con todos. Por eso, los artistas, los literatos no nos cansaremos en proclamar que al final de todo, lo que cuenta es *la obra*, con mayúscula, o con simple minúscula; pero *la obra*: todo lo demás parece hecho jirones, salpicado, enfangado en la linfa impura las más veces, en el flujo caedizo de los mortales. Sigo con la carta:

Sé perfectamente las variadísimas acepciones del verbo 'tener', o por lo menos todas aquellas contenidas en la oración 'Sería un placer y un honor para mí tenerte aquí unos días' y puedes estar seguro de que esa palabra está ahí con absoluta convicción y conocimiento por parte de quien la escribió

Una gran lección que Feliciano, me da y que la asumo con pleno convencimiento y con las orejas gachas. Probablemente..., bueno, no: con toda seguridad yo tuve que enredarme en disquisiciones sandias en mi contestación anterior, a su invitación en los términos transcritos. Una estupidez, no sé si primera o no, pero estupidez. La maldita deformación retórica tuvo que sabotear aquí lo que de otra manera, es decir, de la manera normal, que es tanto como decir de manera ninguna, se hubiera sostenido por sí solo, auto-explicado sin más. La eficacia del lenguaje aquí se decantó por el efecto negativo. Si las palabras son actos, las que son ociosas, prolijas, torpedean a aquél que las emitió. Y así conmigo en este caso. Pero Feliciano continúa en vía de declaraciones transcendentales y hasta... transcendentales y citando estratégicamente mis términos con el

fin de apuntalar sus propios párrafos: Este es reveladoramente decisivo:

Si soy una 'criatura' que te comporta 'una marcada incumbencia', te diré que tú eres lo que siempre he querido tener: un amigo-hermano-padre- tutor (¿amante?)

¡Oh, no, corazón mío, dame entereza, asísteme siquiera con una lucecita de criterio recto, de criterio tocado por la gracia de acertar, ante esta epifanía declarativa, ante esta cataclismal y hermosísima confesión de principios.

Siento no ponerme en tu lugar, pero es que no sé lo que es eso. Nunca he sido profesor de Universidad, ni tenido 63 años, ni he mandado rosas a una alumna...

Claro que en estas circunstancias, ya puestos, se le pueden perdonar a Feliciano los desdibujamientos y el error material, uno por cada parte de la oración transcrita, a saber: No me gusta el nombre de profesor, al menos como identificativo total de mi menester, de entrada. Luego, ya en vena de abundancia comunicativa, a Feliciano le debían de parecer pocos mis 61 años de entonces, febrero 1998 (y hasta últimos de septiembre), para encasquetarme 63. La verdad es que pocas cosas me podían haber inquietado menos. Y en cuanto a lo del mandado de rosas "a una alumna", me extraña que no tuviera conocimiento de que yo enviaba rosas desde mi primera mocedad. Ahora bien, ni a ella ni a ninguna de sus compañeras de Universidad (ni de Universidad alguna donde yo hubiera profesado) a las que asimismo había enviado rosas, las consideraba *mis alumnas* privativa y posesivamente, sino "alumnas de mis clases".

Bien. Fuera de distingos, el hecho es que tenía esa carta suya, recibida el 16 de febrero, delante de mí, en mi conciencia, instigándome módulos de pensamiento, pautándome cursos de acción, despedazándome toda la arboladura psicosomática.

Entonces hubiera sido el momento de serenarse, de echar el ancla. ¡Bah, tonterías! En un estado de agitación sorda, imprecisa, como aquel en el que yo me encontraba, todo parece coligarse para inducirle a uno al error. Aunque no puedo decir que en ese momento hubiera cometido yo *todavía* estropicio alguno, sin embargo el ámbito de mi alma rezumaba evidencias de que algo crítico estaba a punto de suceder. La Semana Santa se hallaba aún lejos. Para bien o para mal había que pasar a la acción, la acción barojiana, capaz de aventar todo miasma contemplativo e intelectualoide. Sentí necesidad de reencontrarme con el "mí mismo" que había estado hibernando, en estado de crisálida durante los tres años inmediatamente anteriores, desde enero de 1995 exactamente, en que había regresado de Santo Domingo (República Dominicana). Sí, tres años justos hacía que no viajaba; que ni siquiera volaba, acaso con la improbable y única excepción de algún traslado entre Madrid y Granada. Parecía operativo, certero, visitar a Feliciano entonces, aprovechando la holgada porosidad del fin de semana. Las inminencias habían alcanzado su cénit y — tal se me aparecía a mí — actuar de otra manera hubiera sido como dejar en el árbol la fruta sabiendo que está a punto de caerse y servir de pasto a los pájaros o simplemente pudrirse...

Me apresté a tope. Contacté con Miguel Manzano, de Viajes Tema en Granada. Para alcanzar Aberdeen se necesitaba, como mínimo, una escala intermedia. Las conexiones eran siniestras, miradas todas desde mi localización geográfica y desde mis planteamientos. Lo menos malo era un vuelo mañanero desde Barajas (Madrid) a Amsterdam (Holanda); cuatro horas (¡) de espera allí, y nuevo vuelo directo a Aberdeen. No había nada mejor; y si lo había no me lo quisieron participar. Casi en régimen de simultaneidad con la gestión del billete, le di un telefonazo a Feliciano haciéndole saber mi hora prevista de

llegada, y encareciéndole que me esperase en su Residencia, sin moverse [Fallo elemental: aunque había calculado dos horas entre el momento de mi aterrizaje y mi personación en su alojamiento, me quedé corto: debí haber fijado media más; y aun así, hubiera sido toda una proeza de diligencia]. Hice pesquisas respecto de la posibilidad de enviarle a Feliciano otro embalaje de rosas de entidad parecida a la que ya conocemos. Por parte del producto no había problemas: Flores Mari, mis proveedores habituales, a menos de coincidir con un colapso en los transportes de sus supermayoristas, de una u otra forma me hubieran proporcionado el material. Lo que ya revistió caracteres de impracticabilidad era el envío. Indagué en Correos, primero, en sus servicios estrella: nada de nada. Entre lo que rezaba la leyenda oficial y la realidad no había el menor parecido. El detalle decisivo estribaba siempre en lo mismo: la falta absoluta de garantía en el transporte. Y lo mismo con SEUR. Lo de menos, siendo mucho, es que el gasto de hacerse cargo del paquete en Granada y dejarlo supuestamente en Aberdeen salía por unas 35,000.- (TREINTA Y CINCO MIL) pesetas. El pequeño detalle era que ni Correos ni SEUR garantizaban que lo que llegase no se pareciera a un bulto de cartones despedazados, hechos jirones, prensados junto con montones de tallos verdes y cabezas de rosas rojas asomando todo reventado y machacado. Y lo grande del caso es que te pretendían vender tal servicio como algo aceptable y normalmente satisfactorio. Mi conocimiento del tema no me permitía vacilaciones ni dudas. Las flores son cosas que hay que ver si uno quiere ser consecuente con la naturaleza del regalo. Mis encargos los he realizado siempre estando yo presente en la preparación de los mismos. Las rosas vienen en paquetes o piñas de veinte, apretadas y protegidas por un corsé de cartones. Una vez extendidas en el mostrador del establecimiento que nos las venda, lo primero que hay que hacer

es limpiar de espinas el tallo; arrancarles, si procede, el pétalo o pétalos descoloridos y/o a punto de desprenderse. No pasa nada. Si la rosa es buena, por quitarle hasta media docena de lóbulos, no se desvirtúa. Una a una hay que ir colocándolas en alguna de las muchas cajas de cartón alargadas sobre un fondo de papel y de verde, aunque es sabido que la hoja propia de la rosa es su mejor guarnición de compañía y resalte. Una vez que todas las rosas se han acomodado tumbadas y compensadas, de manera que las cabezas no se choquen ni se maltraten entre ellas, se puede poner algo más de verde por encima, cubriendo toda la parte de arriba del conjunto con un papel adecuado de la casa y cerrando la caja que queda compactadamente encajada. Unas bandas de cinta adhesiva y circundante termina la puesta a punto de este cofre de cartón sellado. La mercancía contenida dentro de esta arqueta que acabamos de dejar lista puede aguantar perfectamente sin detrimento alguno, y en condiciones normales de conservación, veinticuatro horas como mínimo. Más o menos, tal es el proceso que sigue un envío dentro de España efectuado por SEUR, por ejemplo. La solidez del doble cuerpo machihembrado del baulito de cartón resiste la manipulación brusca de los operarios que recogen toda suerte de bultos, y los llevan al furgón de reparto correspondiente.. Pero los mismos de SEUR para una entrega en el extranjero no se responsabilizaban de nada, ni garantizaban nada. Todo se les iba en decir que la compañía estaba dotada de transporte aéreo propio, pero que el tiempo de entrega estaba en función de si el avión hacía o no escalas; volaba o no directamente; despegaba o no en la fecha idónea. Como digo: una absoluta chapuza e incompetencia, a pesar de cobrar, no se olvide, unas 35,000.- pesetas. Probablemente el lector haya pensado o esté pensando en el servicio Inter-Flora. Bueno. Que compare. Inter-Flora es lo más parecido a una cita a ciegas con alguna chica. ¿Alguien cree que

el azar le va a proporcionar a uno "el material" que uno se encargaría de elegir cuidadosamente? Pues eso. La Inter-Flora, evidentemente, es un sucedáneo muy de circunstancias y muy de excepcionalidad para salir del paso siempre con sospechas de precariedad. Yo quiero que la persona A reciba en Moscú cien rosas; y la tienda desde la que hago el encargo en España telefonea a Moscú, a otro local Inter-Flora, para que realice la gestión... Bueno. No sigo. Además de la entidad astronómica de dicha tarifa, cualquier parecido entre lo que el ordenante tiene en su cabeza y lo que llegue a las manos de la receptora sería pura coincidencia; pura quimera de que nos toque un número entre un millón. En estos lances de auto-estima y de envite fuerte por algo que nos exacerba nuestro ego, nuestra razón de ser, el celo y el pundonor sin escatimaciones del interesado suelen corresponderse con el desconocimiento, con la desgana encanallada de los demás; es, como si dijéramos, el patrón literario en que se contraponen los ardores irrestrictos del héroe con la cicatería roma de los desalmados mercenarios.

Así que definitivamente descartado lo del envío de embalaje alguno desde Granada. Y el día 20 de febrero de 1998 por fin me pongo en marcha. El viajecito se las traía. Para los no experimentados, me gustaría llamarles la atención sobre una faceta de los desplazamientos, y los diferentes ángulos de medición que consienten. Tomando como ejemplo cercano mi excursión a Aberdeen, yo comenzaría por tener en cuenta dos principios básicos; o tal vez un solo principio desarrollado en dos variantes sobre su mismo tema. Para calcular la incidencia de penosidad, cansancio, desarreglo de horas, etc., lo primero y mejor es calcular el número de ellas que transcurren — si el viaje arranca por la mañana — desde que uno abandona el lecho en su casa hasta que se acomoda en el nuevo lecho del punto de destino. En mi caso, el vuelo para Amsterdam despegaba a las

07:00 de Barajas, y con el fin de estar a buena hora en el aeropuerto tuve que levantarme a las 05:00. Hasta las 22:00 de ese mismo día no aterricé en la cama del hotel: en total diecisiete horas tensísimas y grávidas de vivencialidad, con un formidable desgaste de... lo que en esos casos se desgaste, sean árboles de neuronas, sean reservas neurovegetativas, etc. Otro cálculo aplicable es el que corresponde al viaje escueto en sí; o sea, desde que uno sube a bordo del avión en Madrid, hasta que toca tierra, en el punto de llegada: en este caso sólo fueron ligeramente más de nueve horas: un traslado por aire que no hubiera llegado a tres horas en régimen de vuelo sin escalas. Eso es lo que hace de los viajes algo impíamente desagradable: la evidente convicción de lo desproporcionado entre sus prestaciones y los sinsabores que han de arrostrarse para su consecución. El comportamiento fisiológico habitual queda trastornado. Para quienes disponemos de un juego de movimiento intestinal nada flexible y del todo restrictivo, ahí radicaba una de las pegas causantes de alarmas y sobresaltos.

Pero, en fin, ya estamos en el avión de la KLM rumbo a Amsterdam, mejor dicho, a su aeropuerto de Schiphol. Normalidad absoluta. Descubro que son más bien cuatro horas y media las que tengo que esperar allí, lo cual supone una carga de profundidad a la línea de flotación de las defensas corporales, que van menguando en progresión geométrica cuanto más se alarga la duración del desgaste. Tengo tiempo de todo. Son las 09:30 y hasta las 13:30 no se inicia el embarque para el siguiente vuelo. El aeropuerto de Schiphol es uno de los más acogedores del mundo que yo conozco: llano, inmenso, bien organizado. Veo puestos de flores, rosas entre ellas. Hago trajinar a mi mente especulando sobre la posibilidad de comprarlas allí mismo y llevarlas conmigo, personalmente, a Aberdeen. Imposible. Mi vuelo no contempla prestaciones de ese tipo, quiero decir del

tipo mío, una cantidad significativa preparada de la forma que ya sabemos. Imposible. Quimeras mías. Las tiendas estas, la que vi en Schiphol y las de todos los demás aeropuertos, están para lo que están : para despachar todo lo más, sí, como mucho, mucho, la consabida, docenita de unidades de lo que sea... y a volar! Mis esquemas nada tenían que ver con aquellos planteamientos convencionales; respetables, claro, pero de todo punto insuficientes. Así que, igualmente descartado el "belén" de las rosas desde Holanda. Creo que en este merodeo consumí una hora: me quedaban tres. Llevaba tan sólo un bolso, el magnífico y ligerísimo comprado en Filipinas. Su cabida era tan engañosamente generosa, que había metido en él nada menos que dos trajes, dos camisas y un par de zapatos de vestir. Y aunque me servía del trolley, no dejaba de ser un pequeño engorro. Iba provisto de mi tarjeta IAPA, y como tal me fui acercando, uno por uno, a todos los "lobbies" o salas de espera "reservadas", tan sólo para comprobar que *todos* exigían *ya* una tarjeta específica más, de apoyo, ya que la "general" que yo portaba, otrora suficiente, *ahora* ya no lo era [Por supuesto que nada más llegar a España les comuniqué a los de IAPA mi decisión de darme de baja]. Pero en las circunstancias presentes me encontraba en verdadera necesidad de servirme de las prestaciones de uno de aquellos "lounges": quería sentarme con comodidad; leer lo que me viniera en gana de entre los periódicos y revistas a disposición del viajero; y sobre todo me urgía darme un afeitado, ya que a las 05:00 de la madrugada no me apetecía, y en todo caso hubiera malgastado siete u ocho horas de nuevo y reciente crecimiento de la barba sin compensación alguna. El asunto del "lounge" me disgustó y me alarmó, porque el hecho de haber tenido que servirme únicamente de las instalaciones generales del aeropuerto — buenas y suficientes para una corta espera — hubiera añadido

pesar, frustración, y una dosis segura de cansancio acumulado. Tan sólo en uno de los "lounges", y un poco por compasión de la azafata que lo custodiaba y regía aquella mañana, pude descansar y afeitarme... con agua fría, por cierto, ya que no funcionaba el suministro de la caliente. Aquella chica — bien lo recuerdo — me dijo que hacía una excepción en vista de las muy granadas razones que le había dado. Además, le caí simpático: ella había viajado a España de vacaciones más de una vez, y ya no sé si intercambiamos alguna palabra en español. Cuando me vio afeitado, me dijo que ya parecía más "humane": rellenita y alta, sin llegar a la corpulencia; pelito tirando a rubio en mechoncitos tipo llama; atractiva, con gancho y don de gentes: ¡Mi corazón le ha reservado una recoleta hornacina donde se acomodan su recuerdo y mi agradecimiento!

El vuelo a Aberdeen, una pasada: hora y tres cuartos en uno de esos aviones ingleses que tienen las alas por encima del cuerpo; creo que el modelo se llama ATP, y alcanzan una velocidad de crucero de unos 550 kms. por hora. Fuimos por encima del mar dejando a nuestra izquierda toda la costa oriental de Gran Bretaña. En el módulo de dos plazas del lateral, mi compañero de asiento, que era de Aberdeen, tuvo a bien informarme, a preguntas mías, sobre algún restaurante donde sirvieran buen pescado. Nada más tomar tierra, descender del avión, echar un vistazo, y proceder dentro de la terminal a los inevitables protocolos de seguridad, identificación, etc., percibí que aquello era otro mundo. Todo ordenado y limpio. El aeropuerto de Dyce, como corresponde a una ciudad de unos 300,000.- habitantes, manejable, coqueto, sobrio. Y eso que el ambiente, neblinoso y ceniciento en general, parecía que iba a anochecer a todas las realidades con las que uno se disponía a entrar en contacto. Perfecta disciplina anglosajona. Diez y seis años hacía que no ponía yo pie en territorio británico, desde mi

vacación de trabajo en Bristol en 1982, también en invierno. Creo que dije anteriormente que yo no conocía Escocia. Tan sólo en 1967, volando desde Canadá, había tocado en Glasgow para desde allí continuar el vuelo hasta Stuttgart y recoger mi primer coche Mercedes. ¡Y de eso hacía ya 31 años! Qué gran verdad, sin embargo, la de que ciertos países, si mirados desde la atalaya del más meridional, son buenos para la juventud pero no para la vejez : "That is no country for old men", podríamos decir con el poeta Yeats. Así con el Reino Unido; y con los EE.UU. de América del Norte; y con Canadá, los tres destinos donde, fuera de España, más tiempo he residido. Buenos para las estancias de juventud, pero nada más. O si no, ¿por qué casi medio millón de británicos residen permanentemente como jubilados entre la Costa del Sol y las islas Baleares españolas? ¿Cuántos españoles reciprocán con el Reino Unido dicho proceder? Pues eso.

Pero estábamos en que el aeropuerto de Aberdeen ya me puso en contacto con el mundo de orden, de concierto y buen funcionamiento anglosajón, con el que no tenía contacto desde hacía 16 años. Lo primero, cambiar dinero. Todavía no nos habíamos acogido al euro (€), aunque daba igual a todos los efectos, ya que el Reino Unido (recordemos: Inglaterra; Gales; Escocia; e Irlanda del Norte) seguiría aferrado a su libra esterlina con independencia de la Europa mayoritaria. Ahora bien, los escoceses habían empezado a enredar con unos intentos irresolutos, por parciales, de independizarse de las demás porciones de su país. Y una de las medidas que se les consintió instrumentar fue la de imprimir papel-moneda [no sé si también acuñar la metálica] con la efigie de algún héroe escocés, algún Wallace, o Kenneth, o Fergus, o cosa parecida, en vez de la más socorrida y habitual de la soberana Isabel II. Dicha prerrogativa no se había considerado como un logro indiscutible por la totalidad del colectivo escocés. Tan es así, que la empleada de la

oficina de cambio de dinero comprendió de buen grado, y hasta casi aplaudió, mi decisión de preferir que me entregara billetes que mostraran únicamente el retrato de la reina. Por supuesto que técnicamente toda la moneda era indistintamente válida en todo el territorio del Reino Unido; pero... era cuestión de estética, ¡y el diablo las carga!; y si por la razón que fuere me viera yo en cualquier punto de Inglaterra, no podía evitar que dichos billetes escoceses pudieran parecerles extraños a los demás británicos. La señora empleada me hizo un ademán expresivo que yo traduje por: "Caballero, entiendo que no prefiera Vd. este papel moneda. Ya ve Vd. a lo que conducen estos juegos secesionistas".

Bien provisto de dinero, me faltaba todo lo demás relativo al alojamiento. Pero los servicios turísticos operaban de maravilla, exhaustivamente. De nuevo se puso de manifiesto la inutilidad creciente de la tarjeta IAPA, ya que los hoteles que aparecían reseñados en la guía de la Asociación cobraban, aun después del descuento, el doble justo de lo que fijaban los paquetes "fin de semana" para viernes y sábado del turismo escocés. Me decidí por el del hotel Copthorne, en el 122 de Huntly Street, un cuatro estrellas céntrico que me saldría, incluido el desayuno, por 14,000.- pesetas diarias. Con dinero y con la reserva asegurada de mi alojamiento desde allí mismo, desde el aeropuerto, me faltaba el transporte, llegarme ya al hotel. Pregunté y el taxi costaba tan sólo el triple del autobús; me dijeron que era lo más conveniente, y así me pareció. A poco estuve de meter la pata: distingo la parada de los taxis y me planto sin más bajo la marquesina, sin reparar en que había una pequeña cola en la mano distinta de la que alguien que se rige por el tráfico por la derecha hubiera anticipado. Ni un gesto, ni una mirada de repudio, ni una palabra de protesta recibí de aquella gente. Claro que rápidamente me di cuenta de mi desliz y enderecé el yerro poniéndome urbanamente en la fila. De

cualquier forma, un estupendo detalle de civismo el de aquel personal. Ya estoy en el taxi: limpio, gobernado por un conductor bonachón y comunicativo. Reparo en las monedas de una libra en circulación; si mal no recuerdo eran parecidas a las nuestras de 500 pesetas, sólo que en vez de circulares..., octogonales, acaso sexagonales, manejables y simpáticas; más de cincuenta duros allí compactados.

La provisión de mapas, planos urbanos y material informativo sobre turismo en Aberdeen, y en general sobre Escocia, que le facilitan gratis a uno en el aeropuerto, es abundantísima. Esta gente tiene necesariamente que vender sus productos, aunque la libra esterlina esté, según ellos, sobrevalorada, *over-evaluated*. Un país como España hubiera tenido que devaluar su moneda justamente a la mitad de su valor si se enfrentase a la necesidad perentoria de vender a tales precios. Ojalá nos explicasen esto los economistas profesionales, que tan amigos son de enjaretar sandeces y versiones que se dan de patadas con la evidencia. Y esa era, ni más ni menos, la razón de que las cosas costaran, una con otra, el doble justo que en España: la calidad y el buen hacer de los británicos. Por cierto, que hablando de precios, la tarifa del taxi me pareció lo menos exagerado en comparación. Voy asimismo reparando en que algunos tipos de planos de la ciudad señalan muy convenientemente los puntos con semáforos, y con distribuidores de tráfico o "roundabouts". Ya hemos llegado al hotel; tomo posesión de mi cuarto y procedo a ducharme, adecentarme y vestirme. Desde que el avión aterrizó, y sin haber perdido un solo minuto en entretenimiento alguno, ya he consumido una hora y media. Y repito: estoy consiguiendo un registro espectacular en cuanto a funcionalidad y diligencia. Me he puesto mi traje azul marino de solapa cruzada y picuda, de tenues rayas como de gris plateado; corbata granate con

listoncitos de seda natural y zapatos de vestir, negros. Por encima de todo mi gabardina inglesa "Aquascutum".

Me lanzo a la calle. No tengo registrado si fue en el propio hotel donde pedí información sobre la mejor tienda de flores, dentro de un radio de distancia asumible. Aberdeen estaba limpio, cuidado. Las aceras, expeditas; los bordillos, libres de basuras; compensados los peraltes. Comienza a llover fino y hago uso de mi paraguas pequeño, que para eso lo he traído de España. En un momento dado, y en plena calle, una señora mayor me ve vacilar, como esforzándome en encontrar mi orientación, y la mujer me pregunta que si me puede ayudar. ¿Que si me puede Vd. ayudar? Pues claro. Totalmente. Completamente. Es una señora de edad, bien vestida, típica de una novela de costumbres, curiosa, simpática y dicharachera. Como luego me diría, se había fijado en cualquier cosa, en mi manera de andar, de moverme; en mis ademanes, para colegir que yo no era de allí, y... téngase en cuenta que cada ciudadano británico hace de policía, acaso inconscientemente, acaso no; que cada ciudadano del Reino Unido [imperdonable llamar simplemente 'inglés' a un escocés; aunque ya sabemos que para el resto de Europa decir *inglés*, equivale por comodidad a la denominación de oriundo de cualquiera de las cuatro partes del Reino Unido, recordemos una vez más: Inglaterra; Escocia; Gales; Irlanda del Norte] se erige en vigía de su parcelita de hábitat, y que son verdaderos patriotas en lo que se refiere a la defensa de su país por encima de cualesquiera otras diferencias. Peggy, que así se llamaba la señora, me metió en su coche, y urgiéndose a sí misma, en vista de que las tiendas estaban a punto de cerrar — eran ya sobre las 17:30 — me acercó a una floristería, no sin antes dejarme una tarjeta de su propio establecimiento de antigüedades. Ya digo que era viernes por la

tarde; que todo estaba a punto de clausurarse, y que empezaba a anochecer.

La dueña o regente de la floristería, ve el cielo abierto con un cliente como yo, que le compra todas las rosas que tenía en ese momento a dos libras la unidad: 510.-pesetas, justamente el doble de lo que me costaban en Granada las mejores suministradas por "Flores Mari". Mientras que ella y su ayudante preparan el ramo, acompañado con algo de verde, cerrado bien por arriba con el papel y pegado lo mejor posible para hacer de todo el bulto algo lo más discreto posible..., mientras las dos mujeres se afanan en preparar mi encargo bajo mi atenta inspección, me da tiempo a intercalar con la que llevaba la voz cantante algún comentario. Como suponía, esas rosas que estoy comprando en este momento acaso sean las mismas que había visto en el aeropuerto de Schiphol seis horas antes, y que han venido en el mismo avión. Aberdeen recibía de Amsterdam, y por aire, una buena parte de cierto tipo de mercancías, en virtud de este vuelo tan oportuno entre las dos ciudades. Los precios, ya de por sí altos en Holanda, repercutían otro 50% de subida por lo menos al trasladarse a Escocia. En fin, le compro las cuarenta rosas que tenían en la tienda; le pago las ochenta, libras en mano y salgo a la calle, con la dirección de Feliciano más o menos aprendida según las explicaciones que me acaban de dar. Ahora se cumplían dos horas y cuarto desde mi aterrizaje. Voy absolutamente impedido para todo lo que no sea portar el ramo en una mano y el paraguas en la otra. Las señas de Feliciano son difíciles porque su calle es propiamente una "lane", o sea, una callejuela o callejón interior de un pequeño laberinto de edificios dentro de una plaza. Llegar a la zona es relativamente sencillo, pero dar con la entrada exacta, con la esquina correcta, y con el edificio concreto me lleva otro cuarto de hora. Menos mal que la única persona a quien encuentro por allí me indica de manera

que me permite estrechar mi aproximación al punto preciso. Ya estoy junto al edificio, y aprovecho que un chico, con toda la pinta de estudiante, baja al exterior al parecer para depositar algo en el cubo de la basura, para preguntarle las últimas puntualizaciones. El muchacho afortunadamente lo sabe, le suena el nombre de "Feli" y me indica con exactitud. La localización de Feliciano en este caso obedece a la típica nomenclatura para este tipo de alojamientos universitarios: primero, una zona; luego, una calleja; a continuación, una plaza o "yard"; a renglón seguido, un edificio; más tarde, un nivel; luego, una ala de ese mismo nivel o piso; y por último, una puerta con una clave y un nombre, el suyo.

Bien. Han pasado dos horas y media desde que tomé tierra en el aeropuerto de Dyce. No he parado un segundo; todo lo contrario. He compendiado los menesteres consecutivos con diligencia activísima: en el aeropuerto, protocolos de seguridad y control de documentos con las autoridades; cambio de dinero; reserva de alojamiento, carrera, en taxi; en el hotel: consigna, toma de posesión de mi estancia, arreglo y ordenación del equipaje, aseo y vestido; en la calle: compra de las rosas y hallazgo de la residencia de Feliciano. Como digo, en total dos horas y media: una proeza, un éxito señaladísimo, una cadena de aciertos improbabilísimos de repetir. Me encuentro en pleno pasillo, ante la puerta donde un pequeño marbete cuadrado dice: "Feli". No hay duda. Es allí. Detrás de aquella plancha de madera se debía hallar otro mundo, la realidad..., persona en este caso... que había impulsado el sentido de mi estar allí. Era la materialidad de un tablero rectangular lo que me separaba de un argumento cuyo inicio y desenlace parecían la misma cosa. Pero había llegado. Lo había conseguido. Llamo con los nudillos, y un estremecimiento de pinchazos y de intentos arrebatados de arrancar hacia no sé dónde, me golpean el interior del andamiaje

de mi ser entero. Mi corazón bombea linfa que parece ignorar su propio destino. Abre Feliciana. Nos rozamos las mejillas. Me dice que estaba impaciente, y sobre todo intranquila, por lo mucho que le parecía que yo tardaba. Y yo le puntualizo que todo el esquema, me había resultado en un tiempo récord. Le tendí el envoltorio de las rosas para que las pusiera "por ahí". Su habitación era eso: una habitación de estudiante bien amueblada, con una cama, una mesa y un par de sillas para estudio y visitas no muy numerosas; y un cuarto de baño anexo, todo en una pieza, autosuficiente. Me recordaba la habitación que ocupé yo durante dos o tres días en el Astor College, Charlotte Street, perteneciente a The Middlesex Hospital Medical School, de Londres, en julio 1981: lugares sobrios, sin concesión alguna a la complacencia, pero profesionales y aptos para alojar a alguien que va a estudiar.

Me quité la gabardina, y al verme dentro de mi traje azul oscuro, camisa azul y corbata granate con rayas estriadas, de seda natural veneciana, regalo del gran escritor granadino Fernando de Villena, me dijo Feliciana como impactada por un obús inesperado: "Hhhuuuuuuu... qué elegante". Y la verdad es que lo estaba. Vi mi novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* en uno de los anaqueles por encima del escritorio. Me dijo que no se había encontrado aún en el estado psicológico para ponerse a leerla. Hablamos de cosas: de la Facultad en Granada; de mi viaje... Buscó un recipiente: tuvo que salir de su cuarto y tomar prestado, al parecer, un cubo de plástico que llenó de agua, y allí colocó las rosas; desde luego que resultaban magníficas, una gloriosa y pacífica provocación de encarnado desde el ángulo de la habitación donde quedaron instaladas. Me preguntó que cuántas había comprado: le dije que todas las que obraban en la tienda (cierto); que no sabía exactamente el número (mentira). Mientras Feliciana ordenaba la disposición de las rosas en la

cubeta, yo le había puesto encima de su mesa de trabajo el original con mi traducción del poema de Caroline Norton "I do not love thee", uno de los que había presentado y comentado en otro de los simposios anteriores, esta vez sobre poesía femenina inglesa, organizado por la Universidad de Almería.

Pero todo era literatura. Todo era sublimación. Las instancias que me habían llevado hasta allí habían funcionado a tope, a las mil maravillas, engarzándose unas con otras sucesivamente en un juego sostenido de consecuencias crecientes en trabazón lógica, dirigidas al fin propuesto. Desde un año antes, con las primeras conversaciones entre Feliciano y yo en régimen monográfico, en mi despacho de la Universidad de Granada, el proceso se había desarrollado conforme a unas pautas ideales, de menos a más; del indicio a la epifanía; del barrunto o mera sospecha a la declaración de intenciones; de la típica neutralidad que comporta la asepsia académica para las relaciones humanas, al grado inequívoco de complicidad. No se había dado un solo tropezón, ni un desvío de la tropía prevista. Las conversaciones personalizadas habían dejado paso al encuentro de Almería; luego el envío de rosas; luego la correspondencia, como vimos; ahora ya la inmediatez de la presencia; lo inapelable de la corporeidad. Yo, a todo esto, estaba sentado sobre el borde de la cama mientras Feliciano terminaba de dar los últimos toques de colocación a las rosas. Percibí claramente que mi actitud, no provocada ni mucho menos ensayada por mí de antemano — sobre todo porque muy probablemente yo no me hubiera dado maña a semejante labor —, percibí claramente, digo, que mi actitud de ... objetividad y de aparente desapego de lo que en circunstancias "normales" hubiera constituido "la cuestión palpitante y de acción inmediata" [a saber, pronta puesta en marcha de un abordaje, de un cuerpo a cuerpo más o menos perentorio, más o menos suelto

o trabado, pero siempre real, incontenible]... pues que eso le estaba, haciendo mella a Feliciano, en el mejor sentido del asunto. O sea, que ante los ojos de aquella mujer yo era consciente de que había alcanzado una estatura máxima, un portento de crédito, un fabuloso acopio predicamental.

De pronto Feliciano se levantó de la silla que por un momento había ocupado; se sentó en la cama junto a mí, y arrojándose, pegó con resolución sus morros a los míos. Por su parte, aquello significó la cima más pinacular de su conducta. Otra cosa de aún más elevada insinuación hubiera supuesto innecesariamente algo rayano en el abaratamiento de su feminidad, en la degradación de sus encantos. Y además, como digo, no venía a cuento. Pero yo no hice nada; me quedé inmaterial, ausente, desasido; quiero decir, no abrí la boca para haber celebrado un morreo total de comedura de belfos y de pulpa, y de dientes, y de alma. No sé por qué, pero no hice nada. Más tarde, mucho más tarde, días, meses o años más tarde — pues ya el tiempo no contaba — en la soledad autónoma e inexpugnable de la conciencia, pretendí justificarme a ciegas, aduciéndome que, de haber seguido en esa onda, la cosa hubiera llegado al final, y en ese momento yo no llevaba profilácticos conmigo; y no me parecía estético "preguntarle" si ella disponía de ellos. Probablemente la verdad de todo estribara en el hecho de que yo había dejado de ser... protagonista, persona ejerciente; y que dicha función la había delegado, con mucho espíritu pero tal vez con falta de consciencia, en la literatura. Lo literario era aquí el verdadero rector de la situación. En cualquier caso, una cagada; una inmensa, cósmica cagada. Me quedé inmovilizado, incapaz de reaccionar, impasible, poseído de mi objetividad, más allá del mal y del bien, pero en medio de la inanidad absurda menos imaginable. La Historia, con mayúscula, se preguntará por qué. Yo siempre sospeché — a toro pasado, por supuesto —

que si hubiera tenido intimidad con ella, la hubiera dejado preñada. Esa fue mi gran auto-justificación. Porque son cosas que pasan; boberías de consecuencias impredecibles; pero la memoria ilustra sobre casos así, en que una realidad de plasmaciones gigantescas resulta que ha tenido su punto de inyección en un momento de arrebato irreflexivo, reflejo. Porque yo no soy de los que se contienen — ¿puede alguien contenerse, en realidad? — en la eyaculación. El único alivio posible ante un fallo tan monumental es que el orden del mundo, el "dejar hacer" del universo se hubiera encargado de compensar nuestras torpezas. Feliciano me había dicho que ella quería tener descendencia: no entonces, por el tiempo precisamente en que nos vimos, sino mas adelante. Pero, ¿y si considerando que yo estaba allí, de cuerpo entero, Feliciano hubiera adelantado sus expectativas? Entonces iba a cumplir 26 años, y claro que la segunda cota del margen de fertilidad y conveniencia se situaba holgadamente alrededor de los 35. Había tiempo de sobra. Pero, insisto, puesto que yo me encontraba tan a mano, ¿se le habría pasado a ella por la cabeza la viabilidad de que yo la preñase? De esa manera cambiaría un futurible a ocurrir dentro de los nueve años siguientes, por una realidad razonablemente asumible que tenía lugar en un concreto "allí y entonces". Supongo que ahora, en el momento en que esto escribo, un día de abril de 2009, que está cerca de cumplir los 37 años, habrá encontrado la pareja que se haya hecho cargo de la paternidad; o habrá ido a algún banco de semen a despacharse la correspondiente dosis para fecundarse "in vitro". Hoy las ciencias adelantan...

Bien, lo que sigue de este capítulo hasta mi regreso a España dos días después fue un rodar por la pendiente abajo del acabamiento; todo, eso sí, dentro de los mejores modales: para eso estábamos en la cuna del protocolo y de la hipocresía! Esa misma noche del viernes fuimos a cenar a uno de los sitios que

mi compañero escocés del vuelo desde Amsterdam me había recomendado : el "Silver Darling", que se anunciaba como Barbecued Seafood Restaurant, en el Pocre Quay North Pier, es decir, junto al puerto, pegando al agua. El sitio era sobrio pero cómodo y acogedor : un plato de pescado cada uno; tres cervezas para los dos; pan y postre, cincuenta y cinco libras y media, catorce mil pesetas, justo el doble que lo equiparable en España. Por si fuera poco, en la factura, después de darte las gracias, te recordaban que "el servicio no se incluía", en caso de que se te moviesen las ganas de dejar el siete por ciento de propina, por ejemplo, lo que hubiera correspondido al IVA español, Impuesto sobre el Valor Añadido, o al VAT (Value Added Tax). Feliciano no se quiso quedar conmigo esa noche en la habitación del hotel, perfectamente posible y perfectamente previsto por las normas: habitación con lecho de 1'50, y creo que con un sofá-cama. Probablemente constatará que para esa ocasión yo tendría todas las ventajas, en evitación de hacerle una tripita. Yo no le di más importancia a su negativa. Se imponía la coherencia. Si tres horas antes me había comportado como ya sabemos, ahora no podía dar señales de desazón o de contrariedad insalvables. Yo me había puesto del lado de lo atemporal, de lo no terrenal, del espíritu puro sin filiación ni encasillamientos.

Me había colocado por encima de las cuantificaciones y de las valoraciones. Mi único botín tenía que ser ahora el literario, y tal esquema se zafaba de las contingencias convencionales del agrado y del desaire. Al parecer, Feliciano había metabolizado el hecho de que sus padres no se hubieran llevado bien, vivieran separados y en perpetua riña. Su padre y su hermano eran los dueños y gestores de una academia de conducción de vehículos.

A mí me quedaba todo el día del sábado y mi segunda noche en Aberdeen; luego ya, salir de allí para Amsterdam - Madrid el domingo a las tres de la tarde. No era cuestión de

estropear nada. Había que salvar el tipo y hacerme a la idea de que el viaje lo había realizado por mi cuenta, sin más motivaciones que las generales de geografía, turismo y vivencialidad por libre. Debo decir que, excepto por lo de desentenderse de los cualesquiera que hubieran sido sus originales designios transcendentales para conmigo, el comportamiento de Feliciano fue correcto de todo punto y en toda ocasión. El sábado por la mañana lo dedicamos a pasear. Feliciano me participó que había sido invitada por un matrimonio de colegas de su School a cenar en su casa junto con otros compañeros docentes; que la anfitriona había insistido en que naturalmente asistiera yo sin excusa alguna. Al comprar el ramo de flores [en sitio distinto, por cierto, al de mis rosas] que regalaríamos a la señora de la casa, nos pasamos a saludar a Peggy Bursil, la vieja simpática y chismosa [que sin embargo me ayudara tan decisivamente el día anterior, y por lo que yo le estaba conmovedoramente agradecido], en su preciosa tienda Thistle Antiques, en la Avenida Esslemont. Peggy me preguntó si Feliciano era "mi sobrina": tampoco acerté a contestar "in style". En un momento de ese paseo por Aberdeen, Feliciano tuvo que hacer abstracción de todo aquello con lo que limitábamos: casas, jardines, ámbito, etc., para preguntarme, así, en tono y clave de apremio confidencial, específico, que... algo así como que "qué iba a ocurrir con nosotros". Y no supe, de nuevo, qué contestar. Acaso acerté al quedarme callado. Siempre lo he dicho, me lo he dicho a mí mismo, que mi plan con las mujeres es conocer el suyo; que mis intenciones con las mujeres son conocer las suyas. Porque los finalismos nacen ya como inmediateces; las transcendencias, como inmanencias; y el "debería ser" como "podría haber sido". Pude decirle cualquiera de estas cosas que *ahora* me parecen bonitas, elocuentemente oportunas..., pero no le dije nada. La ventaja que tenemos los

simples y sin dobleces es que aquello que no instrumentamos en un momento dado, nos viene sustituido por el orden universal de las cosas, que nos libra de nuestras aberraciones. Creo que Feliciano se dio cuenta de que había sufrido un espejismo con mi persona, al considerarme como "elegible", apto para estas transacciones y cambalaches propios de la gran mayoría de los mortales. Si un hombre no tiene interés por engendrar descendencia; ni protocolizar documentalmente nada con el fin de acompañarse de hembra... ya me dirá el lector qué puede encontrar de atractivo en él una mujer convencional española, andaluza, a punto de terminar el siglo XX. Se me dirá: puede buscar el poder, el dinero... Bien. Pero obviamente no conmigo.

La cena en casa de los colegas de Feliciano, un primor de cordialidad y de soltura. Me volví a encontrar dentro del espíritu de los típicos "parties" británicos, sólo que ahora en plan de personas mayores, y sin que mediara más que conversación, buena comida y buena bebida. Asistieron, asimismo, las dos Assistants, de francés y de alemán, respectivamente. La primera, una chica preciosa de color tostado de alguna de las Antillas francófonas; y la de alemán, una belleza rubia teutona en la cúspide de su juventud y de su hermosura consentida y sabida. Antes de la cena estuve hablando casi en exclusiva con la antillana: su inglés era algo vacilante, lo cual prestaba a su discurso un encanto añadido. Tanto a ella como a la alemana las recuerdo en la integridad de sus volúmenes, en la persuasión del ámbito que desplazaban sus corporeidades. Pero ni siquiera me llegué a interesar por la particularidad de sus nombres. La cena la constituyeron un montón sucesivo de cosas ricas, mitad guisos, mitad preparados que la anfitriona se encargaba de traer de la cocina. Se intercalaron las cuatro lenguas: inglés, francés, alemán y español en los variados alegatos y focos de incumbencia que las personalidades de los allí reunidos

comportábamos. El jefe de la sección de español del instituto o school de Feliciano era un escocés corpulento que trasegaba vaso tras vaso de vino con arreglo a la mejor tradición de esta gente, y con la que tan relacionado había estado yo durante mis tiempos en Inglaterra: dedicar las noches del viernes y sábado a incurrir en cualesquiera excesos, y reservar el domingo a recuperarse para estar de nuevo aptos el lunes por la mañana.

Después de la cena cada cual fue organizando su conversación arrellanado en los cómodos "settees" o sofás de que la mayoría de los hogares británicos se pertrechan. El susodicho "master" de español lo había aprendido en Sevilla, pero sólo pude arrancarle un par de frases en las que, sin embargo y sin mucha soltura, me pareció mostrar un rastro de "seseo". Ya en plan más distendido, aunque sin llegar nunca a propiciar un toque de confidencialidad, me preguntó que si había hecho ese viaje de dos días a Aberdeen "sólo para ver a Feli". Contumazmente tampoco acerté a responder cumplidamente, como lo hubiera sido engarzando geografía, turismo, curiosidad, etc. en una argamasa de motivación. Lo mejor de todo fue sin duda la señora de la casa (por cierto, especialista en lengua y cultura alemanas): sin ser bella en el sentido extremo e histórico de la palabra, era atractiva por la suave y serena bondad con que acicalaba a su alma, y la gran amabilidad que esgrimió durante toda la velada, que había resultado estupenda y pletórica de cordialidad. Como detalle gráfico recuerdo que cada vez que el "master" de español terminaba de ingurgitar el contenido de su vaso de vino, apuntaba a él, mitad lúdica, mitad conminatoriamente con su dedo índice para que la dueña se lo volviese a llenar. Al terminar todo y marcharnos, la señora de la casa, a impulso e iniciativa suyos, me besó con intención individualizada en una y otra mejilla, cosa que me colmó de

beneplácito y de armonía placentera. Fue con toda seguridad lo mejor de la reunión.

Sobre la mañana del domingo no tengo registrado nada en mis notas. Sí recuerdo que volví a disfrutar con el estupendo desayuno incluido en la oferta de los dos días de hotel: para sorpresa y agrado míos, esta gente de Aberdeen habían ofrecido una variedad notable de frutas, melón entre ellas, además de los clásicos cereales y la bollería de rigor, junto con todo el servicio de café, té o leche que se quisiera. Creo, también, que el zumo de naranja era aceptable, detalle en que normalmente suele radicar la diferencia entre lo mediano y lo bueno cuando se valoran las prestaciones hosteleras del desayuno. Saqué la conclusión de que Aberdeen podía permitirse el lujo de importar lo que hiciera falta: durante los últimos..., no sé, bastantes años, desde la comercialización de los yacimientos petrolíferos del Mar del Norte, Aberdeen se había constituido en la ciudad británica más cercana a "la acción", y desde la cual y hacia la cual se desarrollaba e instrumentaba todo lo que correspondiese a dicho trasiego de crudo: cantidades abultadísimas e incesantes de dinero. Aberdeen podía permitirse el lujo de tener precios carísimos porque la gente los pagaban.

Llegó el momento de marcharme. Mi avión despegaba de Aberdeen a las cuatro menos cuarto de la tarde. No recuerdo en qué ni cómo consumí la mañana del domingo, además, como dije, de degustar un copioso y sabroso desayuno, apurando las horas de servicio con el fin de descansar algo. Recuerdo que la habitación disponía de una plancha eléctrica con su correspondiente tablero plegable, todo dentro de la concepción de maña y de autonomía que se pudiera esperar del ocupante. Le dije a Felicianita... lo que ya tenía ella asumido, por poco que hubiese sacado en limpio de mi singularidad, a saber : que prefería irme solo al aeropuerto. Supongo que me agradecería no

haberla puesto, siquiera teóricamente, en el compromiso cargante de la despedida. A eso de las dos de la tarde llegó un taxi al hotel. Nos rozamos las mejillas: Feliciana, toda ella, se hallaba ahora a distancia inconmensurable de haberme cedido los labios para menester alguno. Cuando el taxi empezó a rodar, a desglosarse cada vez más de mi punto de anclaje con lo que había significado mi estancia de dos días, y acercarse al aeropuerto desde el cual me zafaría total e irremediamente de todo este bodrio vivencialmente indigesto..., entonces, digo, me sentí solo, y una vez más independiente. Sentí como si las costuras de la contención hubieran saltado y volviese a recuperar mi espacio natural. ¡Solo! Todo era ya una bocanada de restitución, de reencuentro con el edén temporalmente perdido.

El viaje de regreso, sin novedad. La espera conectiva en Amsterdam esta vez fue sólo de una hora y media. Debí de llegar a mi casa de Alcalá de Henares sobre las diez y media de la noche. A la mañana siguiente volaba con Iberia a Granada, y me reintegraba a mi trabajo en la Universidad. Mi cupo de desaciertos todavía no se había colmado, tan grande, tan inabarcablemente acaparador había sido mi desajuste óptico. Desde el hotel Casablanca, lugar de alojamiento durante mis últimos 29 cursos académicos, telefoneé a Feliciana, sólo para constatar que su mente se hallaba a continentes de distancia de la situación que la llevara anteriormente a visualizar en mí al posible hombre de su momento. Una cagada el haberla llamado. Le dije también por teléfono — estúpida, innecesaria y de todo punto inoportuna pretensión — que no leyese mi *Amor se dice obitcham en búlgaro*. Como estoy seguro de que lo leería, también apuesto porque su conciencia quedaría traumatizadamente perpleja ante las alternativas desplegadas por mi persona. ¿Cómo es posible que el protagonista de dicho relato sea el mismo hombre que ha venido a visitarme? Otra cagada por

mi parte, aun para los sistemas de medición de mi propia experiencia; algo que sigo y que seguiré estudiando en busca de explicación. Por último, le escribí una carta a Feliciano: amplia, inculpatoria de mí, exculpatoria de mí también. Otra cagada más; menos mal que la postrera pero inmensa, tremenda; un inenarrable fallo de perspectiva; un desencaje total. Es curioso: estoy seguro de que hoy, ahora mismo, en la actualidad, a primeros de abril de 2009, con 72 años a cuestas, once después de aquella visita mía a Aberdeen, me encontraría infinitamente mejor pertrechado de forma mental para haber lidiado la res de mi contacto con Feliciano. Y el caso es que uno de mis planes turísticos de siempre hubiera sido con buen tiempo, es decir, en verano, recorrer Escocia: las islas Hébridas, Orcadas y Shetland; ir de aeropuerto a aeropuerto; creo que uno de ellos es la propia playa, y que otro de los vuelos oficialmente registrados en la nomenclatura universal de horarios, acaso el de las islas Westray, en el archipiélago de las Orcadas, dura tres minutos. Asumiendo que el coste de diez días, por ejemplo, para dos personas, no hubiera bajado del medio kilo de las esforzadas y pundonorosas pesetas.

Después de aquella epopeya anti-heroica nunca más volví a ver ni a saber de Feliciano. Parece que sus comienzos..., bueno, más bien en intención, estudios de doctorado, se quedaron en dique seco. Acaso pensase — siempre por lo que se refiere a la Universidad de Granada. — que nosotros los docentes-investigadores nos jubilábamos obligatoriamente, *mandatorily*, a los 65 años; y que al comprobar que es a los 70 debió tal vez de perder la esperanza de reintegrarse a su rutina estando yo fuera del escenario. Menciono esto a propósito y con toda intención con el fin de señalar la imperdonable estupidez que hubiera comportado, de ser así, semejante conducta; pero al mismo tiempo para recordar al lector y recordarnos a todos, que una

mujer contrariada en sus expectativas y despechada en su parcelita de ego es capaz de perpetrar el más inconcebible de los desafueros. Y en definitiva, ¿qué? Pues que yo siempre preferí la nobleza rotunda del nombre completo de Feliciana al más manejable y coloquial de "Feli"; que quizá mi realidad de seguir disfrutando de cierta independencia se debiera al hecho de no entrar en intimidades con nuestra heroína; que siempre que uno crea haber perdido algo respecto de alguna mujer, debería preguntarse e interesarse por lo que ha ganado; y que hablando de ganar, quien únicamente ganó fue "La Obra": todos pasamos, pero las vibraciones generadas por nosotros, transformadas en palabras sobreviven a todas las sucesiones de eternidad, y se reintegran a su orto: En el principio fue el Verbo!

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Nota de apertura</i>	1
Pili Layna: Guadalajara (España), verano 1968	3
Teresa Geissmann: Alcalá de Henares-Madrid-Cuenca, 1971-1972	18
Mary Carmen: Alcalá de Henares - Madrid- Rascafría, 1971-1973	23
Elvira: Alcalá de Henares 1981	27
<i>Advertencia aclaratoria</i>	32
Feliciana: Granada-Almería (España) - Aberdeen (Escocia, Reino Unido) 1997-1998	33
	77



TOMÁS RAMOS OREA (Alcalá de Henares 1936) es doctor en Filosofía y Letras desde 1961 por la Universidad de Madrid, y doctor en Derecho desde 1980 por la de Granada (filólogo entre juristas y jurista entre filólogos). Y desde siempre, poeta. Pasó los veranos enteros de 1957 y 1958 en Oxford (Inglaterra) trabajando de obrero manual polivalente y versátil, y practicando y aprendiendo más inglés. Dio clases de lengua y literatura españolas en un Instituto de Segunda Enseñanza de Market Harborough (también en Inglaterra) durante el curso escolar completo 1959-1960. Ya con el título de Doctor – y al tiempo que estudiaba con avidez – profesó en Universidades USA y canadienses, 1961-1971. Además de un libro de memorias *Un castellano en Granada* sobre sus menesteres como docente–investigador en el Departamento de Filología inglesa de la Universidad de dicha ciudad en España, y de un volumen de *Prosas cosmopolitas*, el resto fundamental

de su producción creativa en prosa, hasta el momento y en razón de los diez libros ya aparecidos, se acomoda bajo el título general de *Mujeres, lugares, fechas...*, sobre viajes de aventura por más de 70 países y/o parajes de las cinco partes del mundo. Su novela *Amor se dice obitcham en búlgaro* discurre, asimismo, sobre asuntos y peripecias de una excursión por Bulgaria, Turquía y Rumanía.

Sabedor de que sólo en la palabra radica la realidad de las cosas, Tomás Ramos Orea, tras muchos afanes, ha conseguido cerrar las dos mitades – viajes y Literatura – de su círculo vital, al otorgar cobertura literaria a las situaciones cuya geografía emocional constituye el objeto de su obra.

Su entera producción poética se contiene, hasta la fecha, en el volumen *Poesía (Reunida y ordenada, 1954-2007)*, Madrid : 2008.

ISBN: 931544